

Tercer paso de la serie Inmerso en Cristo

Sé Un Profeta

Que tu vida de testimonio
de la verdad de Jesucristo

Buscando una Nueva Vida
en el tiempo de Pascua

Por Padre David M. Knight

*¡Bienvenido a
la vida de la resurrección!
¡Qué durante este tiempo de
Pascua
vivas como el cuerpo de
Jesús resucitado,
manteniéndote vivo
por medio de su Espíritu!*

La fe de la Iglesia brilla en la Oración de la Iglesia:

*Tu Espíritu, Señor resucitado, renueva la faz de la tierra.
Que renueve nuestro corazón a fondo*

¿Crees que esto es algo que Dios va a hacer? ¿Crees que ya lo está haciendo ahora?

El tiempo que transcurre entre la Pascua y Pentecostés nos sirve como una guía a través del misterio de nuestra identidad como miembros del cuerpo de Cristo resucitado. ¡Jesús ha resucitado y vive en nosotros! Quiere actuar con nosotros, en nosotros y a través de nosotros para renovar “la faz de la tierra”. Es el tiempo de una “nueva evangelización”. Nos invita a escuchar la Buena Nueva como nunca antes.

Es una nueva: “El que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente”.

Hemos recibido “vino nuevo en odres nuevos”. Es tiempo de “sacar de entre nuestro tesoro lo nuevo y lo viejo”. De “hablar nuevas lenguas”. De tener un entendimiento, un aprecio y un entusiasmo renovados.

Cuando Jesús murió y resucitó, “creó... un solo Hombre nuevo en su propia persona”, restableciendo así la paz. Ahora vive y sigue haciendo lo mismo en nosotros y a través de nosotros, que somos su cuerpo en la tierra. Ésta es la Buena Nueva: Nosotros podemos renovar “la faz de la tierra”.

Este panfleto ofrece reflexiones sobre las lecturas de la Misa durante el tiempo de Pascua. Se enfoca en la nueva vida que estamos llamados a vivir por nuestra unción bautismal como “profetas” y testigos de la Buena Nueva.

Puede usarse por separado o como continuación práctica del tercer paso del libro “Reaching Jesus – Five Steps to a Fuller Life”.

Disfruta la Buena Nueva. ¡Ámala y vívela! ¡Felices Pascuas!

En Su amor,

Domingo de Resurrección (Misa por la mañana, años ABC)

Somos Profetas Enviados a Dar Testimonio Como Miembros del Cuerpo de Cristo resucitado.

INVENTARIO

¿Qué crees que sea necesario cambiar (reformular o renovar) en nuestra sociedad actual? ¿Qué hace la Iglesia al respecto? Detente aquí. Al preguntarte ¿qué hace la “Iglesia”?, ¿pensabas en lo que hacen los obispos y el clero? ¿O pensabas espontáneamente en toda la Iglesia - obispos y monjas, laicos y sacerdotes - todos trabajando juntos? Cuando piensas en la Iglesia, ¿piensas que es guiada y dirigida “desde arriba”? ¿o supones que la mayoría del liderazgo y de las iniciativas vienen de “abajo hacia arriba” y que quienes ostentan la autoridad aceptan y encausan estas iniciativas? ¿Piensas que tú, junto con tu familia y amigos “son la Iglesia”? ¿Te sientes llamado a dar testimonio de la Iglesia *en donde te encuentres*? ¿En todo lo que haces? ¿Cómo resumes tu “descripción del trabajo” como Cristiano?

ALIMENTACIÓN

Hay tres cosas únicas en los laicos católicos de hoy: 1. Los laicos que se *reúnen* en la Misa forman la congregación más educada que los sacerdotes hayan tenido que enfrentar desde la creación del mundo. 2. Son los primeros, desde los primeros días de la Iglesia, a quienes se les ha dicho que están llamados a la *perfección*, y no sólo a “salvar sus almas”. 3. Son los primeros a quienes se les ha explicado que la vocación a la que están consagrados y facultados por Dios a seguir es la transformación de la sociedad - la misión de “renovar la faz de la tierra”.

En la Oración Colecta pedimos a Dios: “concede a los que celebramos la solemnidad de la resurrección de Jesucristo, ser renovados por tu Espíritu para resucitar en el reino de la luz y de la vida”. Este Espíritu lo recibimos en nuestro bautismo, cuando solemnemente nuestras cabezas fueron ungidas con el crisma y cuando fuimos consagrados para llevar a cabo el trabajo de Jesús como *Profeta, Sacerdote y Rey*. El Espíritu nos faculta para: *ser Cristo*, ser su cuerpo resucitado en la tierra, y permitir que continúe su misión usando nuestro cuerpo.

En la Oración sobre las ofrendas brindamos a Dios “esta eucaristía, mediante la cual tu Iglesia se renueva y alimenta”. El sacrificio que ofrecemos durante la Misa no incluye solamente a Jesús, también nos incluye a nosotros, ya que estamos incorporados en él como miembros de su cuerpo. Durante la Presentación de las Ofrendas, cuando el pan y el vino son depositados en el altar, debe haber una hostia en las patenas por cada uno de los presentes - una señal de que nos presentamos nosotros mismos como ofrenda, con Cristo y en Cristo, por la vida del mundo. Ésta es nuestra vocación.

Testigos de la Resurrección

El Salmo Responsorial es una meditación sobre la primera lectura. La respuesta que pide es: “*Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo*”. Esta respuesta nos da la clave para entender todas las lecturas.

Los Hechos 10:34-43 nos muestra cuando Pedro explicaba por vez primera la Buena Nueva a una audiencia compuesta por gentiles. La Buena Nueva es que Jesús resucitó de entre los muertos y sus enemigos no lograron vencerlo. El ha salvado al mundo. Y nosotros también resucitaremos de entre los muertos. “*Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo*”.

Para establecer su credibilidad, Pedro declara: “*Nosotros somos testigos de todo lo que hizo...*”. Y luego dice que Jesús se manifestó visiblemente “no a todo el pueblo, sino a testigos elegidos de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él, después de su resurrección”. Pedro predica porque Jesús “nos envió a predicar al pueblo, y a *atestiguar*” como lo hacen los testigos. Luego concluye: “*Todos los profetas dan testimonio de él...*”.

Éste es el primer trabajo de todo cristiano: Dar testimonio de la resurrección de Jesús. Algo que hacemos no sólo al hablar de ello, sino al mostrar que Jesús está vivo y activo en nosotros que somos su cuerpo resucitado en la tierra. La “señal de Jonás”, que es la única señal que Jesús prometió a quienes piden señales (San Mateo 12:39-40; 16:4), no es únicamente el hecho de que Jesús salió de la tumba después de tres días, como Jonás lo hizo de la ballena. Una señal debe ser visible. Y lo que hoy es visible, es la presencia viva de Jesús en su cuerpo en la tierra, o sea nosotros. Jesús se manifiesta visiblemente en nosotros y a través de nosotros, *testigos* elegidos por Dios, que hoy “comemos y bebemos con él” y que lo reconocemos “al partir el pan” en la Misa (San Lucas 24:35).

“Ya que ustedes han resucitado...”

Para que el “Jesús vivo” sea evidente en nosotros, tenemos que vivir y actuar de una manera que no tenga otra explicación (ve Los Hechos 2:1-36; 12:1-26). No necesitamos hacer milagros; ¡sólo tenemos que pensar, hablar y actuar al nivel de Dios! Tenemos que fijar nuestros corazones, de forma que sea visible, en la vida que Jesús nos ha prometido en el cielo. Tenemos que vivir, de forma que sea visible, de acuerdo a los ideales que Jesús ha predicado y no sólo de acuerdo a los principios humanos de una buena conducta (ve 1 Corintios 1:17-26; 2:1-6; 3:18-23). Tenemos que vivir de tal manera que nuestra vida no tenga sentido (no pueda explicarse) excepto a la luz del Evangelio.

En **Colosenses 3:1-4** San Pablo nos dice: “Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Tengan el pensamiento puesto en las cosas celestiales y no en las de la tierra. Porque ustedes están muertos, y su vida está desde ahora oculta con Cristo en Dios”.

Ésta es una cuestión de identidad. En el Bautismo “morimos” a vivir en este mundo de acuerdo a las normas ordinarias de la humanidad. Abandonamos todo lo que nos retiene en este mundo, tal como si hubiéramos muerto. Luego volvemos a la vida para vivir en este

mundo bajo unos términos totalmente distintos. Volvemos a la vida como el cuerpo resucitado de Jesús. Vivimos por lo mismo que él vivió y por lo que ahora *quiere* vivir en nosotros. Vivimos para continuar su presencia y su misión en el mundo. Es la única razón por la que vivimos. Todo lo demás que se nos presenta como objeto de decisiones (todo trabajo, toda diversión, toda relación, toda invitación) lo evaluamos de acuerdo a la ayuda que puede darnos para llevar a cabo la misión de Jesús en la tierra. No hay otra cosa por que vivir. Hemos muerto, y nuestra vida vieja fue enterrada con Cristo. Hemos resucitado con Cristo para ser su cuerpo resucitado en la tierra. Por lo tanto, nuestras mentes están puestas en lo que es importante para él. Para esto vivimos y nada más. Ésta es la buena nueva de nuestro nuevo significado y propósito en la vida: un significado y un propósito que son divinos. “*Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo*”.

En la práctica, esto significa que ya no nos preguntaremos únicamente si algo puede ser ventajoso para nosotros o no, si lo podemos disfrutar o no, si nos traerá ganancias o no, si nuestros amigos lo aceptarán o no. Podemos plantearnos estas preguntas. Ciertamente tomar en cuenta sus respuestas. Pero la decisión de lo que vamos a hacer, se basará en la respuesta a otra pregunta: “¿En qué forma *daré testimonio* de Jesucristo (de sus valores y de su presencia en mí) si decido hacer esto? ¿En qué forma me ayudará este trabajo, esta relación o esta actividad a vivir una vida de *testigo profético* como el cuerpo resucitado de Jesús en la tierra?”

Es simplemente cuestión de aceptar nuestra nueva identidad como el cuerpo resucitado de Jesús. Vivimos para permitir que él viva en nosotros. Es así de simple. Nos unimos a San Pablo diciendo: “y yo no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gálatas 2:20).

Si esto te suena como algo tan radical como para siquiera pensar en ello, recuerda que no tienes que ser perfecto de la noche a la mañana. El camino a la perfección comienza al empezar. Así que, ¡empieza!

“Vio y creyó”

San Juan 20:1-9 nos dice que debemos empezar con *creer*. El primer paso es creer que tú eres de verdad el cuerpo resucitado de Jesús. Cuando Juan y Pedro corrieron a la tumba y la encontraron vacía: “todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos” pero aún así “vieron y creyeron”.

El Evangelio nos dice que después “los discípulos regresaron entonces a su casa”.

Si aceptas creer que tú eres el cuerpo resucitado de Jesús, y que Jesús está vivo y habita en ti, puedes “regresar a tu casa” (y a todas tus ocupaciones) pero no volverás a vivir como lo hiciste antes. Intentarás, paso a paso, vivir como Cristo y permitir que Cristo viva en ti. Esto es empezar una vida nueva, una vida que el Señor ha hecho “*sea nuestra alegría y nuestro gozo*”.

VISIÓN

¿He entregado mi cuerpo verdaderamente y sin reservas para que forme parte del cuerpo de Jesús resucitado? ¿Me siento intimidado por la sola idea? ¿Cuál es la alternativa?

INICIATIVA

Di al levantarte: “Señor, te entrego mi cuerpo. Vive este día conmigo, vive este día en mí, vive este día a través de mí.

LUNES Semana I de Pascua

El Salmo Responsorial nos da la clave para entender las lecturas: “*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti*” (Salmos 16).

Los Hechos 2:14-33 nos dice que por ser profeta, David “previó y anunció la resurrección del Mesías” y que cuando escribió (en el Salmo 16) “Porque no me dejarás al sepulcro; ni permitirás que tu santo vea la fosa”, se refería a que el Mesías resucitaría de entre los muertos.

Esto es algo verdadero, pero no debemos de tratarlo superficialmente. No tenemos que decir que David estaba consciente de lo que escribía. Puede ser que estuviera hablando de sí mismo, y que sólo quería decir que Dios no iba permitir que muriese en poco tiempo. Pero en realidad, ya sea que lo supiera o no, estaba hablando de la resurrección de Jesús. Hay muchas cosas en el Antiguo Testamento que sólo pueden entenderse a la luz de lo que ocurrió posteriormente, con la venida de Jesús (Ve, por ejemplo, San Mateo 1:22-23; 2:15; 2:23; San Juan 19:36).

Ayer vimos que, al encontrar vacía la tumba de Jesús, Juan y Pedro “todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos”. Pero vieron y creyeron, para luego ser capaces de entender lo que había pasado. Cuando leemos las Escrituras no creemos porque entendemos; más bien, llegamos a entender porque creemos. Esto es lo que nos hace ser *profetas*.

Los profetas son aquellos que pueden ver cómo aplicar a las circunstancias concretas de su propio tiempo y espacio las enseñanzas generales y abstractas del Evangelio. Dado que *creen* verdaderamente, por ejemplo, que debemos de amar a los demás como Jesús nos amó, reconocen todo tipo de cosas que este amor nos llama a hacer, desde abolir la esclavitud hasta hablar con gentes que todos lo demás ignoran. Aquellos que no viven su consagración bautismal como profetas no pueden ver estas cosas, porque no tienen la suficiente fe verdadera en lo que Jesús dice como para *querer* vivirlo y actuar en base a ello. Y por esto se limitan a seguir a la multitud y a ver las cosas como todos los demás.

San Mateo 28:8-15 nos ofrece un ejemplo de esto. Aquellos que apreciaban las enseñanzas de Jesús lo suficiente como para querer creer, aceptaron el testimonio que dio la mujer sobre su resurrección. Aquellos que no quisieron aceptar sus enseñanzas aceptaron la historia de los soldados. Algunas veces nuestra percepción de la verdad depende de que aceptemos la bondad. Esto es algo que vemos en nuestros días.

Iniciativa: Sé un profeta: Acércate a las Escrituras con fe y con amor. *Lee y reflexiona* en la palabra de Jesús con el deseo de que presenten para ti un desafío. Acepta, basándote solamente en la fe que, a pesar de las apariencias, todas las cosas que él te llama a hacer te traerán una felicidad mayor.

MARTES Semana I de Pascua

El Salmo Responsorial insiste en que: “*La misericordia del Señor llena la tierra*” (Salmos 33). Si buscamos la luz, hallaremos que aún en los tiempos más oscuros, el mundo está plenamente iluminado. Cuando nos sentimos tan mal como para decir: “En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes” (Daniel 3:25), la verdad es que la Iglesia está llena de profetas y líderes. Nosotros mismos tenemos los dones de la profecía y del liderazgo. Sólo tenemos que hacer uso de ellos.

En **Los Hechos 2:36-41** Pedro proclama como victoria la derrota de Cristo en la cruz: “Dios lo ha hecho Señor y Mesías [Ungido]...” y ustedes “recibirán el don del Espíritu Santo”. San Pablo lo reafirma: “En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común”. (1Corintios 12:7). El don del Espíritu es el fruto de la muerte y resurrección de Cristo: su “primer don para aquéllos que creen”.

Lo que hace ahora que Jesús sea capaz de ser Señor y Salvador es su habilidad de enviarnos al Espíritu Santo. Por medio de su Espíritu, que ilumina y fortalece a los miembros de su cuerpo en la tierra, Jesús puede continuar su misión en el mundo. “*La misericordia del Señor llena la tierra*” porque Jesús actúa en nosotros y a través de nosotros que hemos recibido el don de su Espíritu.

Esto significa que todos estamos llamados a ser *líderes*. En cualquier caso particular, la persona que vea lo que hay que hacer o decir está llamada a ejercer liderazgo, sugiriéndolo o tratando de hacerlo. Los líderes no necesitan tener autoridad (no más de lo que las autoridades necesitan ser líderes); a los líderes los seguimos voluntariamente, porque creemos que están en lo correcto.

El liderazgo da principio con el ejemplo. Si comenzamos a hacer lo correcto – especialmente lo que es proféticamente correcto, algo que aún no ha sido reconocido generalmente como lo correcto – daremos a otros la oportunidad de seguirnos. Esto es liderazgo profético.

San Juan 20:11-18 es uno de muchos ejemplos que nos muestran cómo usa Jesús a los líderes para guiar a las autoridades. Jesús dio a los Apóstoles la autoridad dentro de la Iglesia. Pero les dio las instrucciones de lo que debían de hacer por medio de las mujeres que llegaron primero al sepulcro (San Mateo 28:7,10; San Marcos 1:7; San Juan 20:17). Y él usó a Pablo para rectificar a Pedro, el jefe de los Apóstoles, cuando Pedro tenía miedo de hacer lo correcto (Gálatas 2:6-14). En el Antiguo Testamento Dios hablaba más a través de los profetas que de los sacerdotes. En la Iglesia de hoy, dado que todos somos profetas y sacerdotes por medio del Bautismo, no tenemos motivos para suponer que el liderazgo profético está reservado al clero ordenado. “*La misericordia del Señor llena la tierra*”. Sólo hay que usar los dones que todos hemos recibido.

Iniciativa: Sé un profeta. Guía cuando veas el camino.

MIÉRCOLES

Semana I de Pascua

El Salmo Responsorial nos muestra el camino a la alegría: “*Que se alegren los que buscan al Señor*” (Salmos 105). Los que buscan encontrarán; y lo que encontrarán les dará la plenitud de la alegría.

El parálítico en **Los Hechos 3:1-10** encontró algo que no estaba buscando. En lugar de dinero recibió salud. Y su cura hizo que otros encontraran algo que tampoco estaban buscando.

Los Apóstoles siguen un patrón de tres pasos en la predicación de la Buena Nueva. Primero, ocurre un *evento que causa conmoción* (como la cura del parálítico o el entusiasmo de Pentecostés). Este evento *genera una pregunta* (Los Hechos 2:1-13; 3:9-11; 4:7). A esto se le llama preevangelización. Prepara a la gente a escuchar. Hace que aquellos que no estaban buscando estén dispuesta a escuchar una respuesta.

Éste es el trabajo de los *profetas*. No se necesita que ocurran milagros; el *estilo de vida* de los cristianos debe ser lo suficientemente diferente, y crear suficiente conmoción, como para generar preguntas que no pueden responderse sin la predicación del Evangelio. Esto es lo que prepara a la gente para escuchar la Buena Nueva.

El evento que causa conmoción en **San Lucas 24:13-35** es la derrota aparente de Jesús. Como respuesta a la perplejidad de los discípulos, Jesús da el segundo paso – *la evangelización* – que es la proclamación y la explicación de la Buena Nueva como respuesta a la pregunta que se generó. “les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él”. Mientras hablaba, los discípulos sintieron que su corazón ardía (ve Los Hechos 2:14-40; 3:12-26; 4:8-12).

Pero para que el proceso esté completo se necesita de la *celebración*; algo que normalmente se da en la *Eucaristía*. “Lo habían reconocido al partir el pan” (también ve Los Hechos 2:41-42; 4:21 al 5:32). No es suficiente con sólo escuchar y recibir el mensaje del Evangelio; tenemos que responder. Tenemos que expresar nuestra fe y nuestra alegría por medio de la celebración. “*Que se alegren los que buscan al Señor*”. Cuando encontramos lo que buscamos debemos celebrarlo. De otro modo no lo asimilaremos, ni lo apreciaremos verdaderamente. Éste es el tercer paso. Al darlo pasamos de *profetas* a *sacerdotes*.

Pero el punto de partida es la *búsqueda*. Y lo que orilla a la gente a buscar es la *pre-evangelización*: algo que genera una pregunta que sólo se puede responder con la nueva de Jesucristo. La función de los profetas es generar esa pregunta por su forma de vivir y actuar. Los profetas desafían, pero su desafío nos lleva a la alegría. “*Que se alegren los que buscan al Señor*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Vive de una manera que no pueda explicarse de otro modo que no sea a través de los principios y valores que Jesucristo nos enseñó (y vivió).

JUEVES

Semana I de Pascua

El Salmo Responsorial es nuestra respuesta en la fe a la muerte y resurrección de Jesús: “*Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*” (Salmos 8).

El tema de **Los Hechos 3:11-26** es que, a través de la resurrección de Jesús – que se manifiesta en la Iglesia, su cuerpo resucitado en el mundo de hoy –, Dios “glorificó a su servidor Jesús” y dejó en claro que “Dios cumplió lo que había anunciado por medio de todos los profetas”

La promesa que Dios hizo a Abraham fue: “En tu descendencia serán bendecidos todos los pueblos de la tierra”. No se trataba de una bendición de prosperidad que se fuera a lograr por medio de justicia política y de paz. Jesús no vino a conseguir reformas políticas. Vino, no a cambiar el entorno, sino a cambiar a la *gente* para que luego la gente cambie el entorno. Vino a establecer, de un modo indirecto, la paz y la justicia en la tierra, estableciendo primero la paz del amor y de la justicia en los corazones de los hombres. Así, y a través de esos hombres, su propio cuerpo resucitado, trabajará “hasta el momento de la restauración universal, que Dios anunció antiguamente por medio de sus santos profetas”. La *bendición* de Jesús es la *conversión* y la *transformación del corazón*. “Dios resucitó a su Servidor, y lo envió para bendecirlos y para que cada uno se aparte de sus iniquidades”. Es así como Jesús escogió “renovar la faz de la tierra”.

Lo que Dios prometió por medio de los profetas de la antigüedad lo cumplirá por medio de los profetas de hoy – por medio de aquellos que aplican creativamente sus enseñanzas y principios a la realidad actual. La verdadera misión de los profetas no es *predecir* el futuro sino *crearlo* viviéndolo anticipadamente. El estilo de vida y de conducta de la Iglesia profética debe hacer que todo el mundo exclame admirado: “*Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*”.

San Lucas 24 35-48 nos hace ver que el Jesús resucitado sólo se manifiesta en la carne y en la sangre. Jesús dijo: “Miren mis manos y mis pies... Tóquenme y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo”. Y luego “comió delante de todos”.

El papel de la Iglesia es dar a Jesús resucitado “carne y huesos” para estar a la vista de todos. Nosotros que vivimos y trabajamos y que comemos y bebemos con los demás debemos de hacerlo de una manera que manifieste la presencia de Jesús viviente en nosotros. Nuestro *testimonio* está en lo que *encarnamos*. Si en nuestras acciones encarnamos las palabras de Jesús, seremos verdaderos “testigos de todo esto” y el mundo aclamará: “*Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*”

Iniciativa: Sé un profeta. Encarna la Buena Nueva en tu estilo de vida: en tus palabras, acciones y decisiones; en lo que compras, usas y produces; en tus ganancias y pérdidas.

VIERNES Semana I de Pascua

El Salmo Responsorial nos muestra la clave para vivir una vida cristiana: “*La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular*” (Salmos 118).

Debemos construir nuestras vidas basándonos en una relación con Jesús, consultándolo, respondiendo a sus inspiraciones y apoyándonos en su fortaleza. La vida cristiana es una vida de *interacción constante* con Jesús vivo, quien está con nosotros y en nosotros.

Los Hechos 4:1-12 nos presenta un contraste entre los “los jefes de los judíos, los ancianos y los escribas... y todos los miembros de las familias de los sumos sacerdotes” de Israel y los discípulos de Jesús. Para las autoridades, y para los líderes de Israel reconocidos públicamente, Jesús era “la piedra que desecharon los arquitectos”. Pero para los creyentes, él era “la piedra angular” (de la Iglesia, de la vida y de la “vida en plenitud” que es la salvación). “Porque en ningún otro [ni en ninguna otra cosa] hay salvación” Si queremos tener “Vida,” y tenerla “en abundancia” (San Juan 10:10), tenemos que tratar con Jesús.

¿Qué otra opción tenemos?

Con frecuencia, quienes siguen la religión, toman la decisión equivocada de construir sus vidas, y basar su seguridad, en el cumplimiento de la ley de Dios. Pero al hacerlo así, no construyen sus vidas basándose en las leyes más profundas, fundamentales e integrales de Dios, tal como: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5); “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” que Jesús cambió a “ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado” (San Juan 13:34); y “Cuando un extranjero resida contigo en tu tierra, no lo molestarás. Él será para ustedes como uno de sus compatriotas y lo amarás como a ti mismo” (Levítico 19:18, 34). Esos son los principios generales que requieren que *piensemos* y que no nos dicen simplemente lo que hay que hacer. Pero nosotros tendemos a enfocarnos en reglas concretas, usualmente de menor (aunque a veces real) importancia, y a obedecerlas rígidamente. Rehuimos de la responsabilidad de dar una interpretación personal, y del reto de aplicarla proféticamente a situaciones particulares. Esto se llama *legalismo*. Era la religión de los *fariseos* y de la “jefes de los sacerdotes”, quienes rechazaron a Jesús porque él los llamaba a que interactuaran con el Dios vivo. Los *profetas* son aquellos que tratan de aplicar las reglas y principios a las circunstancias concretas de acuerdo a la mente de Dios – interactuando con el Espíritu de Jesús que está en ellos.

San Juan 21:14 nos da una guía para discernir si una inspiración viene de Dios. Los discípulos “sabían que era el Señor” y que era su voz la que seguían cuando vieron que sus instrucciones daban *fruto*. Debemos preguntarnos si las decisiones que tomamos son decisiones *dadoras de vida*.

Iniciativa: Sé un profeta. Enfócate en el Jesús vivo, no en la palabra muerta de la ley.

SÁBADO Semana I de Pascua

El Salmo Responsorial nos ofrece una fuente de la seguridad que necesitamos para que, a pesar de los rechazos y de la oposición, nos podamos manifestar como profetas: “*Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste*” (Salmos 118).

Todo el Salmo es un himno a la confianza basada en la experiencia de invocar a Dios para luego ser rescatado por él. Lo que da confianza a los profetas es la experiencia de seguir las inspiraciones que han demostrado (usualmente por sus frutos) ser verdaderas.

Los Hechos 4:13-21 nos muestra cómo Pedro y Juan se enfrentaron a las más altas autoridades de Israel, desafiándolos al decir: “Juzguen si está bien a los ojos del Señor que les obedezcamos a ustedes antes que a Dios”.

Darían miedo tomar esta postura. Las autoridades judías fueron establecidas por Dios. Era un deber religioso obedecerles, y la única justificación para la desobediencia sería la seguridad de que su mandato era contrario al mandato de Dios. Los Apóstoles tenían esta seguridad, basados en la convicción de que Jesús los había enviado a proclamar la Buena Nueva (San Mateo 10:7; 28:18-20): “Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído”. Y en nuestro caso, ¿de dónde viene nuestra seguridad?

En **San Marcos 16:9-15** vemos que los mensajeros de Cristo eran rechazados por las más altas autoridades de su propia Iglesia. Cristo envió a María Magdalena a los Apóstoles, pero “cuando la oyeron decir que Jesús estaba vivo y que lo había visto, no le creyeron”. Luego envió a los dos discípulos que lo habían acompañado en el camino de Emaus, “pero tampoco les creyeron”. Pero Dios los revindicó. Jesús “se apareció a los Once, mientras estaban comiendo, y les reprochó su incredulidad y su obstinación porque no habían creído a quienes lo habían visto resucitado” (ve Gálatas 2:1-14).

Si los Apóstoles mismos no creyeron a los testigos presenciales que Jesús les envió, ¿debería de sorprendernos que las autoridades de la Iglesia sean lentas para aceptar las visiones de los profetas de la Iglesia de hoy? Los profetas deben ver el rechazo, y aún la hostilidad, como algo normal. Deben estar preparados para aceptarlos con paz y amor en sus corazones. No necesitan probar que están en lo correcto; Dios lo probará por ellos. Y esto lo hace, de forma especial, al confirmar con la paz en sus corazones, la verdad que ellos viven en acción. “*Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste*”. Los profetas sólo tienen que proclamar en paz la verdad – especialmente viviéndola ellos mismos.

Iniciativa: Sé un profeta. Combina el valor con el amor. Debes estar listo a aceptar el rechazo y la hostilidad – aún de las autoridades – sin retirar la fe, la lealtad o el amor. Cuando vives una postura radical, busca la confirmación de la paz interior.

Domingo II de Pascua (Año A)
Viviendo y Expresando la Vida de la Resurrección

INVENTARIO

¿Cuándo te sientes más vivo a causa de la gracia? ¿Es algo que usualmente depende de lo que hagan los demás (o de lo que hagan junto contigo)? ¿Qué tanto depende de lo que tu haces personalmente? ¿Qué cosas has hecho que te hayan dado la experiencia y te hayan hecho sentir la convicción de que estás vivo por la gracia?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada nos ofrece consuelo diciendo: “*Celebren con alegría su victoria, dando gracias a Dios, que los llamó a su Reino celestial*”. El sólo recordarlo nos hace que agreguemos “*Aleluya*”.

La Oración Colecta nos recuerda que no debemos de buscar a Jesús “entre los muertos” – incluyendo aquí la rutina de rezar o de participar en la Misa sin poner atención – porque él se ha convertido ya en el “Señor de la vida”. En esta oración pedimos que Dios acreciente en nuestros corazones la *vida de resurrección que compartimos con Cristo*. Esto nos ayudará a alcanzar la *plenitud* de la vida eterna. Lo que pedimos es una religión avivada por la *experiencia* de la vida (de la vida de Cristo en nosotros).

Las Lecturas nos muestran cómo podemos estar conscientes de esta experiencia. El Salmo Responsorial describe por medio de palabras la respuesta espontánea que evoca: “*Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia*” (Salmos 118).

Una Experiencia Impresionante

Los Hechos 2:42-47 nos describe la experiencia que vivieron aquellos primeros que respondieron con fe a la proclamación de la Buena Nueva por los Apóstoles: “Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones”. Y esto daba como resultado “alegría y sencillez de corazón”, además de atraer a otros a la Iglesia: “cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse”.

Lo que tenemos aquí es una fórmula para experimentar la vida de la resurrección. Los dos primeros elementos son el *discipulado* (un deseo y un compromiso verdaderos a aprender todo lo que Jesús enseñó) y un compromiso a reunirse y a celebrar la Buena Nueva con los demás. A causa de estas dos respuestas por parte de la gente, “*un santo temor se apoderó de todos ellos*, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos”.

La siguiente oración nos presenta el tercer elemento: “Todos los creyentes... vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno”. Esto, más que cualquier milagro, era el mayor prodigio y signo de lo que la predicación de los Apóstoles había logrado. Ésta era la “señal de Jonás”, la evidencia visible que Jesús resucitado estaba vivo y activo en los corazones de la comunidad. Para manifestar (a nosotros mismos y a los demás) que estamos vivos por medio de la gracia, no tenemos que literalmente vender nuestras propiedades. Pero sí tenemos que abandonar el egoísmo y el apego materialista a lo que poseemos, y responder a las necesidades de los demás con el mismo amor que Jesús nos mostró. Cuando vemos que los demás actúan así y cuando nosotros mismos lo hacemos, es cuando la vida de la gracia se vuelve para nosotros una experiencia impresionante. Entonces tendremos algo profundo y personal que celebrar. “*Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia*”.

Cuando el fruto de la gracia, el fruto de la vida divina de Cristo en nosotros sea *visible en nuestras acciones*, será el momento en que demos *testimonio como profetas*.

¿Cómo Sabemos...?

¿Cómo sabemos si somos partícipes de la vida divina de Cristo? ¿Cómo sabemos que vivimos por la gracia? **1San Pedro 1:3-9** nos dice que lo sabemos cuando nos damos cuenta que vivimos de un modo que no se puede explicar sin tomar en cuenta estas mismas cosas.

Esta carta fue escrita a cristianos que estaban amenazados por la persecución. Les dice que ellos experimentan su fe a través del miedo que sienten, porque a pesar de sentirlo, se han mantenido fieles. “ustedes se regocijan a pesar de las diversas pruebas que deben sufrir momentáneamente: así, la fe de ustedes, una vez puesta a prueba... se convertirá en motivo de alabanza, de gloria y de honor el día de la Revelación de Jesucristo”.

Para nuestra percepción humana y natural de las cosas, la amenaza visible de la muerte es más real que la promesa de una vida eterna, la cual sólo conocemos por la fe que tenemos en la palabra de Cristo. Pero el punto de esta carta es que si decidimos mantenernos fieles, *la experiencia de creer será tan real como la experiencia del temor a la muerte*. Así, experimentaremos la promesa de la vida eterna, no sólo como la palabra de Jesús que hemos

recibido como legado, sino como la palabra de Jesús que hoy recibimos de él en nuestros corazones.

¿Cómo sabemos que Jesús nos está hablando? Porque tenemos la fe suficiente (la certeza suficiente, ya sea que la sintamos o no) para morir por esta promesa. La certeza profunda que experimentamos (sin que necesariamente la *sintamos*) sólo se puede explicar a través del don divino de la fe. Sabemos lo que sabemos. Y sabemos que no hay nada humano que pueda explicar lo que sabemos. Nuestra voluntad para morir requiere como “condición para su posibilidad” la certeza de nuestra fe en la promesa de Cristo. Es ahí cuando sabemos que nuestra fe es real. Como lo dijo Karl Rahner: “No sabemos que creemos en los dos pájaros que están en el árbol hasta que dejamos ir el que tenemos en la mano”.

Las carta de San Pedro resalta este punto: “Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran con un gozo indecible y lleno de gloria, seguros de alcanzar el *término de esa fe*, que es la salvación”. Por sus frutos lo conocemos.

Así que sabremos que somos partícipes de la vida divina de Cristo cuando *actuemos* de un modo que sólo puede explicarse por medio de la fe, la esperanza y el amor divinos. Para lograr esto no tenemos que enfrentar la muerte. Es algo que experimentamos cuando dejamos ir cualquier “pájaro que tenemos en la mano” a cambio de la promesa que nos hace la Voz en la zarza ardiente (Éxodo 3). Éste es el papel y la experiencia de los *profetas*, quienes viven de un modo contrario a la cultura que no está dictado por las leyes sino inspirado en la voz de Dios en sus corazones. Éste es el papel y la experiencia de los *profetas*, quienes siguen sendas contrarias a la cultura que no están escritas en las leyes sino inspiradas por la voz de Dios en sus corazones. Cuando vamos más allá de lo que “todos hacen”, sabemos que nuestra fe es personal, que estamos escuchando y respondiendo al Dios viviente. Entonces podemos dar “*gracias al Señor*”, porque sabemos que “*es eterna su misericordia*”.

Si no veo... si no pongo el dedo...

Cuando Jesús resucitado se aparece a sus discípulos en **San Juan 20:19-31** sus primeras palabras son siempre : “¡La paz esté con ustedes!”. ¿De dónde viene esa paz?

La respuesta a esta pregunta nos la dan las palabras que dijo Jesús después de su saludo inicial. La primera vez, “Mientras decía esto, *les mostró sus manos y su costado*”. Les mostró la prueba de su pasión y muerte para que supieran que el hombre frente a ellos estaba vivo y verdaderamente había resucitado de entre los muertos. Para nosotros, la primer fuente de paz se encuentra en el hecho de que Jesús ha resucitado y sigue viviendo; de que aún está con nosotros.

Después de su segundo saludo, Jesús dijo: “Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes”. Al decirles esto, “sopló sobre ellos y añadió: ‘Reciban el Espíritu Santo’”.

La segunda fuente de nuestra paz se encuentra en el hecho de que somos *enviados y habilitados* por el Espíritu para continuar el trabajo de Cristo en la tierra. Tenemos un significado y un propósito en la vida. Sabemos para qué estamos aquí, y sabemos qué es lo que tenemos que hacer. Y sabemos que la luz y la fortaleza para hacerlo no viene de nosotros, sino del don que nos otorga el Espíritu. En otras palabras, sabemos que Jesús resucitado vive en nosotros y actúa por medio de nosotros. ¡Nosotros somos Jesús resucitado!

Jesús dijo que iría a tumba para resucitar multiplicado en todos los miembros de su cuerpo en la tierra: “Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (San Juan 12:24). Nuestra paz se basa en el hecho de que Jesús resucitó y vive entre nosotros.

Pero Tomás no pudo encontrar esta paz en el relato que le hicieron los otros discípulos cuando le dijeron que habían visto a Jesús. El dijo: “Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré”.

¡Demos gracias a Dios por los discípulos tercos! Tomás expresó la necesidad que todos tenemos de evidencia de carne y hueso que Jesús resucitó y es real. ¿Dónde las podemos encontrar? En la realidad de carne y hueso de su cuerpo en la tierra – en la experiencia de carne y hueso de que nosotros, y los demás, vivimos la vida de la gracia, la vida de la resurrección, la vida divina de Jesús que habita en nosotros. Cada vez que actuamos de una forma que expresa nuestra fe, y especialmente cuando sólo la fe puede explicarlo, Jesús, que vive en nosotros, está diciendo a quien duda: “Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe”.

VISIÓN

¿Qué cosas hago que no se puedan explicar excepto a través de mi fe en Jesucristo? ¿Hay cosas que hago que sé que no haría si no fuera motivado por la fe, aunque otras personas las hagan por otros motivos?

INICIATIVA

Toma seriamente la palabra de Dios. Toma algunas decisiones que estén basadas conscientemente en ella.

LUNES

Semana II de Pascua

El Salmo Responsorial nos muestra como combatir el miedo cuando nos sentimos amenazados a raíz del testimonio que damos de Jesús: “Dichosos los que se refugian en ti, Señor” (salmos 2).

En **Los Hechos 4:23-31** Pedro y Juan buscan apoyo en la fe de la comunidad después de que los sacerdotes y los ancianos “les prohibieron terminantemente que dijeran una sola palabra o enseñaran en el nombre de Jesús”.

La respuesta de la comunidad entera fue, primero reconocer y proclamar la soberanía de Dios: “tú hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos”, luego afirmar el poder de Dios y la certeza de su triunfo sobre sus enemigos: “¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos hacen vanos proyectos? Los reyes de la tierra se rebelaron y los príncipes se aliaron contra el Señor y contra su Ungido”. Aquellos que habían conspirado en contra de Jesús “cumplieron todo lo que tu poder y tu sabiduría habían determinado de antemano”.

Luego pidieron a Dios que confirmara su fe dándoles el valor de “anunciar tu Palabra con toda libertad” y de realizar “signos y prodigios” en el nombre de Jesús. Y Dios les respondió; “tembló el lugar donde estaban reunidos; todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban decididamente la Palabra de Dios”.

Normalmente Dios no realiza signos dramáticos de su presencia y poder. En **San Juan 3:1-8** Jesús dice a Nicodemo que la fuente más básica de seguridad que tenemos es el simple hecho de que hemos renacido; de que somos partícipes de la vida divina de Dios; de que, en las palabras de San Agustín: “hemos sido hechos no sólo cristianos, sino Cristo” (citado por Juan Pablo II en El Esplendor de la Verdad, No. 21). Decimos, junto con San Agustín: “Da quod jubes et jube quod vis: Señor, dame la gracia para hacer lo que tú mandas y ordena lo que deseas”. Porque creemos, junto con Pablo que: “Yo lo puedo todo en aquel que me conforta” (Filipenses 4:13). Jesús vive en nosotros; nosotros somos su cuerpo; él ha derramado su Espíritu en nuestros corazones; él mismo actúa en nosotros y a través de nosotros. Sólo tenemos que poner en práctica sus palabras de forma creativa y vivirlas de acuerdo a las circunstancias concretas de nuestro tiempo y lugar entregándonos a sus inspiraciones. Tenemos que seguir la voz de su Espíritu, aún cuando no sepamos “de dónde viene o a dónde va”. Tenemos que abandonar nuestra necesidad de tener seguridad y control que nos hace que tratemos de ver con precisión de dónde viene y a dónde nos lleva cada inspiración. Éste es nuestro papel como profetas y Dios nos ha ungido para llevarlo a cabo. Si lo hacemos, recibiremos bendiciones y también bendeciremos al mundo. “Dichosos los que se refugian en ti, Señor”.

Iniciativa: Sé un profeta. Confía en las inspiraciones del Espíritu Santo aún cuando no estés seguro a dónde te llevarán. Pero disciérnelas con la comunidad.

MARTES Semana II de Pascua

El Salmo Responsorial es una proclamación de victoria: “*El Señor reina, vestido de majestad*” (Salmos 93). Y el cristianismo es: una proclamación de que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos y ha ganado el don de la vida divina para todos lo que creen en él. Los profetas hacen que esta proclamación sea creíble al encarnar visiblemente las enseñanzas de Jesús en su estilo de vida. Hacen que Jesús viva y sea visible en sus cuerpos.

Los Hechos 4:32-37 nos muestra a los primeros cristianos como una comunidad que mostraba visiblemente la vida divina de Jesús en su estilo de vida: “La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos... Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades”.

Imagínate si todos los cristianos hubieran seguido esta forma de vida en los pasados dos mil años (ni siquiera literalmente, sino de acuerdo al espíritu descrito aquí: todos proveyendo las necesidades de los demás tanto como las tuyas propias). ¿Habría pobreza en el mundo? ¿Cuántas guerras no habrían ocurrido? ¿Cuántas personas se refugiarían en las drogas o el alcohol para escapar a una sociedad que detestan?

¿Cuántos cambios podrían ocurrir si tan sólo los profetas empezaran a vivir con este espíritu? (Todos lo bautizados están consagrados, comisionados y comprometidos a ser *profetas*, pero no todos están conscientes de lo que significa). Cuando todos nosotros aceptemos personalmente este elemento de nuestra consagración bautismal, *renovaremos la faz de la tierra*.

¿Es posible? “*El Señor reina, vestido de majestad*”. Jesús ha triunfado sobre el pecado y la muerte. Su reino está asegurado. Sólo es cuestión de tiempo que nos tome establecerlo en la tierra.

San Juan 3:7-15 nos dice que para lograr esto tenemos que “renacer de lo alto”. Lo que es imposible para los seres humanos no lo es para Jesús, quien trabaja a través de los miembros de su cuerpo que se han unido a él y a los demás en mente y voluntad y corazón al “*escuchar la enseñanza* de los Apóstoles y participar en la *vida común*, en la fracción del pan y en las oraciones”. Ellos son “nacidos del Espíritu” y están listos para seguir su voz. Sin importar “de dónde viene o a dónde los lleva”, seguirán las inspiraciones del Espíritu. A través de ellos será evidente que Jesús ha resucitado como “*El Señor reina, vestido de majestad*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Vive los Evangelios con un amor “radical”: un amor que llegue a la *raíz* de los objetivos y decisiones de tu vida.

MIÉRCOLES

Semana II de Pascua

El Salmo Responsorial nos asegura que Dios puede liberarnos de las cosas que nos impiden alcanzar la plenitud de la vida: *“Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha”* (Salmos 34).

En **Los Hechos 5:17-26** Dios envía al ángel para que libere a los Apóstoles de una prisión física. Pero lo hizo para enviarlos a ellos como “ángeles” (mensajeros) a anunciar “al pueblo todo lo que se refiere a esta nueva Vida”. Lo que realmente libera a la gente es la vida de la gracia, especialmente cuando se vive con el soporte mutuo de una comunidad de fe. Esto es lo que significa “ser Iglesia”.

Todos somos prisioneros - en mayor o menor grado, pero sin embargo profunda y peligrosamente - de nuestra “cultura”. No podemos ver más allá de la pared de piedra que forman las actitudes, valores y conductas que “todos” dan por sentado. Nos quedamos “dentro de la caja” sin estar encadenados: Lo que nos retiene es únicamente el no poder imaginarnos a dónde ir. No sabemos ni creemos que tenemos opciones.

La distribución de nuestro tiempo no la dicta nuestras prioridades, sino las prioridades de otros, miembros de nuestra sociedad, quienes a su vez responden a presiones que no vienen totalmente de ellos mismos. ¿Cuántos eventos toman prioridad sobre la vida familiar? En algunos lugares del país, los juegos de futbol americano, o aún las prácticas se llevan a cabo los domingos por la mañana. Banquetes deportivos se han llevado a cabo la noche del Jueves Santo. Las tiendas abren los domingos, y nosotros que creemos en “guardar el Sabbath” compramos en domingo porque nos resulta conveniente y “votamos así con nuestros dólares”. El horario de los eventos sociales se fija sin importar las fiestas o las temporadas religiosas (como el Adviento o la Cuaresma), y todos saben que los cristianos dejamos que tomen precedencia sobre los servicios religiosos, las misiones o las pláticas o eventos para la juventud. Es común escuchar a jóvenes preadolescentes decir: “No puedo venir al... (evento religioso) porque ‘tengo’ que ir a la práctica de (banda, basquetbol, baile) o a la fiesta de ‘fulanito’”. Los papás no asumen una postura firme al respecto porque sus hijos, o bailan al son que la cultura les toque, o se “perderán” de algo que ellos consideran importante. Ésta es una prisión cultural. Y, a diferencia de los guardias que fueron enviados a arrestar a los Apóstoles, quienes presionan a la gente para que entre a sus celdas, no tienen temor de ser “apedreados por el pueblo”. Los cristianos simplemente no reaccionamos.

No somos una religión “separatista”. En **San Juan 3:16-21** Jesús deja en claro que Dios “no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”. Pero si realmente amamos al mundo lo guiaremos rumbo a la luz en lugar de quedarnos con él en la obscuridad. *“Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha”*. Y nosotros también debemos de hacerlo.

Iniciativa: Sé un profeta. No sigas prioridades con las que no estés de acuerdo.

JUEVES

Semana II de Pascua

El Salmo Responsorial pregona: “*Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha*” (Salmos 34). El Señor derrama en los afligidos su Espíritu y a través de ellos da testimonio.

Los Hechos 5:27-33 nos muestra cuando los Apóstoles, hombres ordinarios sin poder ni recursos humanos, se enfrentan a la máxima autoridad de Israel, el Sanedrín (un consejo de setenta y un ancianos, jefes de los sacerdotes y escribas, que preside el sumo sacerdote). La fortaleza de los Apóstoles viene de la certeza de su fe en dos cosas: 1. Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos y “lo exaltó con su poder, haciéndolo Jefe y Salvador”. 2. Estaban cumpliendo la voluntad de Dios: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”. Finalmente, es de aquí de donde fluye nuestra fortaleza para vivir una vida cristiana. Otras cosas pueden motivarnos más conscientemente o más prontamente. Pero ésta es la base de nuestro valor, y es algo de lo que debemos de estar conscientes.

¿Cuál era la voluntad de Dios de la que los Apóstoles estaban tan seguros? Era el *dar testimonio*: “Nosotros somos testigos de estas cosas”. Ellos tenían que dar testimonio porque ellos *eran* testigos. Aún en la ley civil, la gente que sabe algo acerca de un caso que se está juzgando está obligada a testificar; es su deber. ¿Nos obliga esto a dar testimonio de Cristo? ¿Somos testigos nosotros? Nosotros no vimos resucitar a Jesús. ¿Qué nos habilita para dar testimonio de él?

Los Apóstoles dijeron que ellos daban testimonio junto con “*el Espíritu Santo* que Dios ha enviado a los que le obedecen”. De lo que nosotros damos testimonio es de la certeza que el Espíritu Santo nos ha dado: la certeza de la fe: la mayor de todas las certezas.

La fe es visión. San Pablo dijo: “Ahora vemos como en un espejo, confusamente [como ‘obscurificado’]” (1 Corintios 13:12), pero vemos. No nos imaginamos, adivinamos o especulamos, simplemente aceptamos lo que otros nos han dicho o lo que concluimos de argumentos racionales. Nosotros vemos. Tener fe es *ser partícipe de el conocimiento de Dios*. Es el don del conocimiento con la certeza de la visión, pero sin ver como lo hacemos los seres humanos.

Vemos cómo Dios ve. **San Juan 3:31-36** insiste en el contraste entre “el que viene de lo alto” y “el que es de la tierra”. El que viene de lo alto, Jesús, “da testimonio de lo que ha visto y oído”. Y los que aceptan su testimonio “ven” la verdad junto con él, por medio del don del Espíritu. La experiencia de la gracia es la fuente y la base de todo testimonio cristiano. Necesitamos ponernos en contacto con nuestra experiencia del Espíritu al vivir de acuerdo a sus inspiraciones. Empieza por repetir seriamente la *palabra* de Dios. El resto seguirá. “*Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Vive divinamente. Pon en acción la palabra de Dios y pon atención a los movimientos de tu corazón. Confía de Dios, no en ti mismo.

VIERNES Semana II de Pascua

El Salmo Responsorial parece ser un eco improbable de la primera lectura: “*Una cosa pido al Señor: habitar en su casa*” (Salmos 27).

En **Los Hechos 5:34-42** las autoridades judías querían matar a los Apóstoles. Después de que Gamaliel habló, en lugar de matarlos los hicieron “azotar” y “les prohibieron hablar en el nombre de Jesús y los soltaron”.

Ser azotado es mejor que morir. Pero ninguna de estas dos cosas parece algo como para regocijarse. Sin embargo eso fue lo que hicieron los Apóstoles: “salieron del Sanedrín, dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús”. Aún después de sufrir por su fe y ¡por haber sufrido!, fueron capaces de decir: “*Una cosa pido al Señor: habitar en su casa*”. Y el resto del Salmo da la razón: “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el baluarte de mi vida, ¿ante quién temblaré?... Yo creo que contemplaré la bondad del Señor en la *tierra de los vivientes*. Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y *espera en el Señor*”. Nuevamente vemos la base de su valor: Jesús ha resucitado Jesús ha triunfado; Jesús es el Señor.

San Juan 6:1-15 se une a los temas de *la resurrección, la vida eterna y la espera*. Una multitud había seguido a Jesús cuando subió la montaña, donde no había comida. Jesús pone a prueba a sus discípulos preguntándoles qué podrían hacer. Felipe le respondió: “Doscientos denarios no bastarían para que cada uno pudiera comer un pedazo de pan”. Esto era, y estaba predestinado a ser, un anticipo de la vida en la Iglesia después de que Jesús ascendiera al cielo. “*Habitar en la casa del Señor*” es no contar con los recursos humanos necesarios - no sólo dinero y comida, sino ¡también conocimientos, talentos y personal necesarios para llevar a cabo el ministerio! Esto nos resulta obvio en la Iglesia de hoy.

La respuesta de Jesús es dar un anticipo de la *Eucaristía*: “Jesús tomó los panes, dio gracias y los distribuyó...”. Aquí, el Evangelio hace un eco reconocible y deliberado de las palabras de Jesús durante la Última Cena (San Mateo 26:26; San Marcos 14:24; San Lucas 22:19; 1 Corintios 11:24). Durante la Eucaristía recibimos el pan de la vida eterna: “El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo”(San Juan 6:30-58).

Los temas del *Rito de la Comunión* en la Misa son *el triunfo, la vida eterna y la espera*. Celebramos la victoria de Cristo y “esperamos la venida gloriosa” para que su victoria sea completa tanto en la tierra como en el cielo. Ésta es la fuente de nuestra fortaleza. La Eucaristía confirma lo que decimos: “*Una cosa pido al Señor: habitar en su casa*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Alégrate en la Eucaristía y recibe tu fortaleza de su promesa de vida aquí y en el más allá.

SÁBADO Semana II de Pascua

El Salmo Responsorial es una oración de *confianza* basada en la *relación* con Dios: “*Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*” (Salmos 33). Recuerda, “tener misericordia” es “ayudar a alguien por un sentido de *relación*”.

En **Los Hechos 6:1-7** la Iglesia enfrenta una “crisis” – o sea, un momento en que es necesario tomar una *decisión* que afectará el bienestar de la comunidad. La respuesta la dieron los Doce o el “colegiado” de los Apóstoles (que ahora representa en todo el mundo el “colegio de obispos”. Un “colegio” es una “asamblea permanente” con ciertos poderes y responsabilidades colectivos: ve El Catecismo de la Iglesia Católica, #880 y La Iglesia #19, Los Documentos del Vaticano II). Los Apóstoles “convocaron a todos los discípulos” y les pidieron: “busquen entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y nosotros les encargaremos esta tarea”. El inspirado escritor de estos eventos, hace notar que “la asamblea aprobó esta propuesta”, lo que nos dice que el gobierno de los Apóstoles era un ministerio colaborativo, una búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios y no una toma de decisiones unilaterales y por decreto. La comunidad *confiaba* que si se le *consultaba* y *si oraban juntos*, Dios los guiaría. Y así lo hizo.

San Juan 6:16-21 nos muestra a los Apóstoles cuando estaban aprendiendo a confiar. Jesús “se retiró otra vez solo a la montaña”. Al atardecer, “sus discípulos bajaron a la orilla del mar y se embarcaron [solos], para dirigirse a Cafarnaún, que está en la otra orilla”. Ésta es una imagen de los Apóstoles tratando de guiar a la Iglesia después de la ascensión de Jesús al cielo. Había una tormenta. Se sintieron inadecuados y tuvieron miedo. En esta escena del Evangelio, el mar estaba agitado y soplabá un fuerte viento. Fue entonces cuando “vieron a Jesús acercarse a la barca caminando sobre el agua”. ¡Eso los asustó aún más! Pero Jesús dijo: “Soy yo, no teman”. “Ellos quisieron subirlo a la barca, pero esta tocó tierra en seguida en el lugar adonde iban”.

El punto central está muy claro: Jesús está siempre con nosotros “en la barca”. Por este motivo vamos a alcanzar nuestro objetivo como Iglesia. Pero tenemos que “llevarlo a la barca” *conscientemente* – darle un papel activo en la *comunidad* – clamando todos juntos como Iglesia. Nuestras oraciones están basadas en la *relación* que tenemos con él como Salvador resucitado; como cabeza de su cuerpo, la Iglesia. Por lo tanto oramos: “*Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*”. Es de esta forma que la Iglesia toma decisiones proféticas.

Iniciativa: Sé un profeta. Confía en la guía divina de la Iglesia a través de las oraciones comunitarias y recibe tu fortaleza de su promesa de vida aquí y en el más allá.

Domingo III de Pascua (Año A)

La Alegría de la Vida en Cristo

INVENTARIO

¿Qué es lo que me causa más alegría en la vida? ¿Me he sentado alguna vez a pensar cuál es la fórmula para vivir con alegría? ¿Qué hago para alcanzar la alegría en la vida? ¿Pienso que mi religión es una fuente primaria de alegría? ¿Qué pienso que es la religión? ¿Cómo vivo mi propia religión?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada declara que todo el mundo debe de encontrar la alegría en Dios: “Aclama al Señor, tierra entera; tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria”. Y en la Oración Colecta pedimos a Dios que nos otorgue una esperanza viva y consciente en nuestra propia resurrección de entre los muertos que, ya sea que seamos jóvenes o mayores, nos dé la alegría de la eterna juventud: “Señor, tú que nos has renovado en el espíritu al devolvernos la dignidad de hijos tuyos, concédenos aguardar, llenos de júbilo y esperanza, el día glorioso de la resurrección”.

Tenemos vida eterna porque “nos hemos convertido en Cristo” (San Agustín). Somos hijos de Dios porque estamos “en Cristo”, el “Hijo único de Dios”. Y ya que estamos en Cristo como miembros de su cuerpo resucitado, somos partícipes de su vida: una vida divina y eterna. Si vivimos como Cristo ahora, sentiremos la alegría de su vida. Éste es el tema del Salmo Responsorial: “*Señor, me enseñarás el sendero de la vida*” (Salmos 16). Éste es el tema de todas las lecturas.

Jesús es Dador de Vida:

Los Hechos 2:14-33 nos dice que Jesús nos ha “hecho conocer los caminos de la vida”. Algo que hizo, no sólo por medio de sus enseñanzas, sino sobre todo por su resurrección de entre los muertos para mostrarnos que él puede otorgar lo que promete. Jesús es la Vida; él nos “de gozo en su presencia”. Y ya que él es la Vida, podemos estar seguros que su *Verdad* es el *Camino* que lleva a la *Vida* (ve San Juan 14:6; Salmos 86:11; San Mateo 22:16).

No es sólo el testimonio de la resurrección de Cristo lo que nos convence de que él es el Camino, la Verdad y la Vida. También nos convence, y de forma más inmediata, el testimonio del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones. La evidencia a la que San Pedro hace referencia en su primera proclamación pública de la Buena Nueva es el signo doble de la *resurrección* de Cristo y de la manifestación del *Espíritu* en aquellos que le dieron testimonio: “A este Jesús, Dios lo resucitó, y todos nosotros somos testigos. Exaltado por el poder de Dios, él *recibió* del Padre *el Espíritu Santo prometido*, y lo ha comunicado *como ustedes ven y oyen*”.

Para que nosotros demos testimonio de Cristo como *profetas*, nuestras vidas tienen que ser prueba visible de la presencia del Espíritu Santo de Cristo en nosotros. Para lograrlo, tenemos que mostrar en nuestro lenguaje corporal, en nuestras palabras y en nuestras acciones el “fruto del Espíritu”: “amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia” (Gálatas 5:22). Por lo pronto, enfoquémonos en la *alegría*.

Dándonos cuenta...

1 San Pedro 1:17-21 nos dice cómo hacerlo. No es “proyectando una imagen” de alegría; sino “*dándonos cuenta*” y estando *conscientes* de que hemos sido “rescatados de la vana conducta heredada de sus padres, no con bienes corruptibles, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo”.

Como leímos el domingo pasado: “Por eso, ustedes se regocijan a pesar de las diversas pruebas que deben sufrir momentáneamente: así, la fe de ustedes, una vez puesta a prueba... se convertirá en motivo de alabanza, de gloria y de honor el día de la Revelación de Jesucristo”.

Esto es lo que hace que nuestro testimonio sea creíble: “Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran con un gozo indecible y lleno de gloria, *seguros de alcanzar el término de esa fe*, que es la salvación” (1 San Pedro 1:6-9). Sentimos alegría, aún cuando las cosas son muy difíciles o dolorosas para nosotros porque creemos “en Dios, que lo ha resucitado [a Jesús] y lo ha glorificado, de manera que la fe y la esperanza de ustedes estén puestas en Dios” y no en cosas que este mundo da o promete.

Lo Reconocieron:

San Lucas 24:13-35 nos muestra como alcanzar esta fe y esta esperanza. En primer lugar, por medio de un *encuentro con Jesús*: “Jesús se acercó y siguió caminando con ellos”.

En segundo lugar, por medio de un *entendimiento intelectual*: “les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él”. Pero el entendimiento intelectual no es suficiente; tenemos que escuchar a Dios que nos habla por medio de las Escrituras. Es un misterio y un encuentro: “¿No ardía acaso nuestro corazón, *mientras nos hablaba* en el camino y nos explicaba las Escrituras?”.

Finalmente tenemos que *celebrar* lo que hemos experimentado. Tenemos que expresarlo con nuestras propias palabras, y más allá de las palabras. La celebración incluye a toda la persona: cuerpo, emociones, mente, voluntad y acción. Y la celebración más profunda (¡y la más disponible!) es la *Eucaristía*.

Los discípulos no habían reconocido a Jesús hasta que “*tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio*” – la fórmula de los Evangelios para referirse a la Eucaristía. “Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron”.

También nosotros reconocemos a Jesús “en la fracción del pan”. Es en la Misa que expresamos y experimentamos más clara y profundamente el misterio de nuestra fe en su

plenitud. No obstante, para lograrlo tenemos que *participar* “plena, consciente y activamente”. Tenemos que escuchar las palabras, estar conscientes de lo que significan, tratar de repetir las cada vez con mayor significado para nosotros, hacer de la Misa una expresión auténtica de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor. Así, en la Misa, “*Señor, me enseñarás el sendero de la vida*”.

VISIÓN

¿Qué me causa alegría en mi religión? ¿Qué me alegraría si me enfocara en ello con fe?

INICIATIVA

Decídate a identificar todas las cosas de la religión que son una fuente de alegría.

Iniciativa: Sé un profeta. Alégrate en la Eucaristía y recibe tu fortaleza de su promesa de vida aquí y en el más allá.

LUNES

Semana III de Pascua

El Salmo Responsorial identifica el “camino de la vida” con el cumplimiento de la voluntad de Dios: “*Dichoso el que camina en la voluntad del Señor*” (Salmos 119).

Sin embargo, **Los Hechos 6:8-15** nos advierte que no debemos identificar la religión con la observancia de la ley. Los que hacían esto, los de la “secta” de los fariseos en Israel, eran los enemigos más grandes de Jesús. Después de la resurrección, la fuente de división más grande en la Iglesia era el “grupo del judaísmo” (ve Los Hechos 15:1-20). San Pablo luchó contra ellos durante todo su ministerio. Y en la Iglesia de hoy, aquellos que se enfocan en los reglamentos y las reglas, y que juzgan y critican a todos los que aparentemente no las siguen, son la misma fuente de amargura y división.

Lo que todos estos grupos tienen en común es que se *resisten al cambio*, aferrándose a las reglas y costumbres con las que crecieron y a sus “tradiciones” (San Mateo 15:1-9). Los que atacaron a Esteban lo hicieron porque tenían miedo que Jesús fuera a cambiar “costumbres que nos ha transmitido Moisés”.

Pero el *cambio* es parte del ser *profeta*. Cumplimos con nuestra consagración bautismal como profetas cuando vemos y mostramos, de formas nuevas y creativas, cómo aplicar los *principios generales* de Jesús (como “ámense los unos a los otros como yo los he amado”) a las *circunstancias concretas* de nuestro tiempo y lugar. Al volverse algo concreto y práctico, la palabra de Dios “se encarna” en los profetas. Ellos hacen que nuestra religión sea cada vez más auténtica al adaptarla a la realidad de las circunstancias cambiantes de múltiples formas. Esto perturba a los que quieren una religión fijada en una inercia congelada. Su religión está “muerta” y ellos también.

El Cardenal John Henry Newman dijo: “Vivir es cambiar, y vivir plenamente es cambiar frecuentemente”. La forma más práctica de volverse un profeta es prometer a Dios que *harás cambios constantes en tu estilo de vida* – guiándote por un deseo de hacer que todo lo que dices, haces, decides o usas, de *testimonio* de los valores de Cristo.

En **San Juan 6:22-29** Jesús nos enseña como “*realizar las obras de Dios*” auténticamente: “La obra de Dios es que *ustedes crean* en aquel que él ha enviado”. La primera ley de los cristianos es *interactuar* con la persona de Jesús con una *fe viva*: fe en que él ha resucitado y está vivo; fe en que él está *actuando por medio de nosotros*, guiándonos y fortaleciéndonos. Nosotros interpretamos y aplicamos todas las reglas a la luz de nuestro conocimiento vivo de su mente y de su corazón y voluntad. Esto es lo que hace que la religión sea una religión viva y nos hace decir: “*Dichoso el que camina en la voluntad del Señor*”. Y ésta es la alegría de los *profetas*.

Iniciativa: Sé un profeta. Busca a Jesús en todo lo que haces. Interactúa con él, responde a sus palabras, a la voz de su Espíritu. Vive viviendo la fe en Jesús vivo.

MARTES Semana III de Pascua

El Salmo Responsorial es una respuesta que podemos usar al momento de nuestra muerte y también durante toda nuestra vida: “*A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*” (Salmos 31).

Éstas son las palabras que Jesús dirigió al Padre cuando murió (San Lucas 23:46). En **Los Hechos 7:51 al 8:1**, al morir, Esteban dirige estas mismas palabras a Jesús: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. En ambos casos, estas palabras son una profesión de fe y esperanza en la vida después de la muerte, una vida con Dios, una vida “en abundancia” que sólo Dios puede dar. Esteban, “con los ojos fijos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús, que estaba de pie a la derecha de Dios”.

En **San Juan 6:30-35**, Jesús nos dice que esta misma “vida en abundancia” la podemos tener ahora mismo. No se trata de la misma abundancia total de alegría y experiencia como en el cielo, pero es básicamente lo mismo. Podemos poseer ahora lo que experimentaremos en su plenitud cuando muramos. Por este motivo nuestros corazones deben repetir continuamente: “*A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*”. A tus manos encomiendo mis pensamientos, mis deseos, mis prioridades y mis propósitos, todas mis palabras y mis acciones. “Señor Jesús te entrego mi cuerpo – como lo hice en el Bautismo, como lo haré al momento de mi muerte. *Vive este día conmigo, vive este día en mí, vive este día a través de mí*. Haz que piense tus pensamientos, que hable con tus palabras y que actúe como tu cuerpo en la tierra: “*A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*”.

Jesús dice que él es el “*verdadero pan del cielo*”. Que él mismo es el pan que “da Vida al mundo”. Si lo tenemos a él tenemos vida y alegría. Y podremos tener la *experiencia* de poseerlo (una experiencia concreta, humana y física) cada vez que lo recibimos en la Eucaristía. Él es nuestra vida, no sólo en el más allá, sino también en esta vida.

El pan no es sólo dador de vida; también nos brinda *satisfacción*. Satisface el hambre y nos da placer. Comer juntos reúne a la gente en la alegría. Comemos y bebemos para celebrar.

De esto se trata la *Eucaristía* – “el que viene a mí jamás tendrá hambre” y el resultado de la Eucaristía es una consciencia más profunda y duradera de la presencia de Cristo en nuestros corazones, de nuestra unión de cuerpo, alma y espíritu con él y con los demás. En la Eucaristía, cuando el sacerdote levanta la hostia y nos ofrecemos con Cristo y en Cristo, diciendo con él: “Éste es *mi* cuerpo que será entregado por *ustedes*”, estamos diciendo: “*A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*” – y mi cuerpo, toda mi existencia; todo lo que hago. En la *Comunión* lo repetimos cuando Jesús se entrega totalmente a nosotros y nosotros a él. Ésta es “vida, vida en abundancia” (San Juan 10:10). Ésta es la alegría de los cristianos.

Iniciativa: Sé un profeta. Cambia la forma en que participas en la Misa. Escucha cuidadosamente las palabras, entiende su significado, haz que este significado sea tuyo. Vívelas.

MIÉRCOLES Semana III de Pascua

El Salmo Responsorial nos invita a sentir la alegría de la Pascua durante todo el año: “*Aclamad al Señor, tierra entera*” (Salmos 66). La clave para sentir esta alegría, atestiguada en todas las lecturas, es ver y creer. El Salmo continua: “Vengan a ver las obras del Señor... Por eso, alegrémonos en él”.

Los Hechos 8:1-8 inicia con una persecución y con el “lamento” por Esteban. Pero finaliza con “gran alegría” en la ciudad donde Felipe, huyendo de la persecución, proclamaba a Cristo y hacía milagros. Los que pusieron atención a la predicación de Felipe y vieron “los milagros que hacía” encontraron fe y alegría. La pauta es ver, creer y alegrarse – aún al ser perseguidos.

En **San Juan 6:35-40** Jesús promete: “el que *ve* al Hijo y *cree* en él, tenga [tendrá] Vida eterna” y alegría, ahora y en la eternidad. La fuente de nuestra alegría es Jesús mismo, el hecho de conocerlo, de estar unidos a él, de compartir su vida divina: “*Yo soy el pan de Vida. El que viene a mí jamás tendrá hambre; el que cree en mí jamás tendrá sed*”. En Cristo encontraremos satisfacción, paz y alegría.

¿Qué es lo que tenemos que “ver” para poder creer y recibir esta alegría? Durante el primer periodo de evangelización, Dios apoyó la proclamación del Evangelio con “signos”: curaciones milagrosas y liberaciones de posesiones demoníacas. Pero, en estos signos, lo que la gente *vio* verdaderamente no fue sólo el evento milagroso; sino también las *obras de Jesús*, que eran prueba de que él había resucitado y de que estaba vivo. Los milagros que no revelan a la persona de Dios no tienen valor; ciertamente no nos llevan a la fe o a la alegría verdaderas. Lo que necesitamos es *ver a Jesús vivo* en los miembros de su cuerpo en la tierra y *actuando* a través de ellos. Para ver esto no necesitamos de milagros, sólo necesitamos de *profetas*, de gente que actúa de una manera que no se puede explicar sin la gracia. Cuando la vida, la esperanza y el amor divinos se *hacen visibles por medio de acciones*, la gente puede “ver al Hijo” y creer que realmente ha resucitado y está vivo. Ésta es la causa de nuestra alegría.

Una *Iglesia profética* hace que el *Espíritu* de Jesús sea visible. La insistencia en *guardar la leyes* no lo hace visible; especialmente si excluimos a los pecadores, que buscan una unión mayor con Cristo, de una participación total. Jesús dijo: “al que venga a mí *yo no lo rechazaré*, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. La voluntad del que me ha enviado es que *yo no pierda nada* de lo que él me dio”. Como Iglesia, nuestra principal preocupación pastoral debe de ser encarnar este mismo amor de Jesús y la aceptación que éste implica, y expresarlo en todos nuestros ministerios. Si la gente es débil y comete faltas, tenemos que atraerlos, no alejarlos. Queremos decir junto con todos: “*Aclamad al Señor, tierra entera*” y que encuentren su amor en nosotros.

Iniciativa: Sé un profeta. Deja que la gente vea a Jesús en ti, especialmente en la forma en que encarnas su amor por los pecadores, lo que sufren y los débiles.

JUEVES

Semana III de Pascua

El responsorio del Salmo Responsorial es el mismo de ayer: “*Aclamad al Señor, tierra entera*” (Salmos 66) – pero los versos, en lugar de enfocarse en las “obras magnificas” de Dios, se enfocan en la ayuda que él nos ofrece para que alcancemos la salvación. Así mismo, las lecturas se enfocan en la alegría de recibir la salvación: la salvación de la muerte por medio del don de la vida eterna.

En **Los Hechos 8:26-40** un etíope pide a Felipe que le explique un pasaje referente al sufrimiento del Salvador, un pasaje que no pareciera hablar sobre la alegría: “En su humillación, le fue negada la justicia. ¿Quién podrá hablar de su descendencia, ya que su vida es arrancada de la tierra?”. Pero cuando Felipe le habló de Jesús, del significado de su muerte y del triunfo de su resurrección, su oyente creyó, fue bautizado y siguió “gozoso su camino”. Si podemos encontrarle significado y valor, ni siquiera el sufrimiento, ya sea el de Jesús o el nuestro propio, debe privarnos de la alegría. “*Aclamad al Señor, tierra entera*”, porque Jesús ha resucitado de entre los muertos y nosotros también resucitaremos.

Al enseñarle el significado de las Escrituras, Felipe dio alegría al etíope. Jesús hace lo mismo: “*Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto*” (San Juan 15:11). Pero la alegría viene realmente de la *vida nueva* que recibimos en el Bautismo. Jesús dijo: “yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan *en abundancia*” (San Juan 10:10). Jesús nos da la alegría al otorgarnos la vida divina de Dios.

San Juan 6:44-51 nos presenta la misma secuencia de *aprender-creer-vivir*. En este pasaje Jesús cita a Isaías 54:13: “Todos serán *instruidos* por Dios”, y continúa: “Todo el que oyó al Padre y recibe su enseñanza, viene a mí”. Alcanzamos la salvación no sólo al escuchar y aprender; sino al *creer*: “El que *cree*, tiene Vida eterna”.

Creer implica *acercarse con fe a Jesús*. Encontramos la vida divina por medio del contacto vivo con Jesús: “Yo soy el pan de Vida... El que coma de este pan vivirá eternamente”. Recibimos la vida divina al incorporarnos a Jesús, al ser asimilados en su cuerpo.

Esto se expresa, se experimenta y se realiza de una forma única por medio de la *Eucaristía*. San Agustín nos explica que, en contraste con la comida ordinaria, cuando recibimos la Comunión, *nos convertimos* en lo que comemos. Nos transformamos en Cristo de forma más completa y somos asimilados en él más plenamente. Al “convertirnos en Cristo” por medio del sacramento del Bautismo (de nuevo, San Agustín), tal como Jesús, no podremos sucumbir a la muerte. Ya que su vida en nosotros se sostiene y se nutre por medio de la Eucaristía “comeremos y no moriremos”. “*Aclamad al Señor, tierra entera*” porque en Jesús tenemos el Pan de la Vida, ahora y para siempre.

Iniciativa: Sé un profeta. Encarna tu fe, tu esperanza y tu alegría al participar en la Eucaristía – a través de tus palabras, de tus acciones y de tu entusiasmo.

VIERNES Semana III de Pascua

El Responsorio (San Marcos 16:15; y Salmos 117) es un mandato a todos los cristianos consagrados por medio del Bautismo a ser *profetas*: “*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio*”.

En **Los Hechos 9:1-20** Saulo recibe la “Buena Nueva” de una manera difícil: fue derrumbado a la tierra y cegado por el resplandor de Dios; mientras que Jesús se identificaba y le decía lo que tenía que hacer. Jesús parece dar por sentada la conversión de Saulo; y de hecho, cuando Ananías cura a Saulo, ahora llamado Pablo, lo bautiza y éste se llena del Espíritu Santo. Luego “comenzó a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios”.

Aquí la secuencia es: 1. *Encuentro* con Jesús; 2. *Instrucción* (suponemos) de Ananías; 3. *Bautismo*; 4. El don del *Espíritu* (tal vez precediendo al Bautismo); 5. *Proclamación* de la Buena Nueva con alegría.

Usualmente, en la práctica pastoral de la Iglesia de hoy, los niños reciben primero el *Bautismo*, luego la *instrucción* – en cuyo curso esperamos que *encuentren* a Jesús. Y luego puede ser que comiencen o no a *proclamar* al Buena Nueva a los demás – dependiendo de qué tan conscientemente hayan recibido al *Espíritu Santo*.

Jesús llamó a Pablo “un instrumento elegido por mí para llevar mi Nombre a todas las naciones”. Todos nosotros somos, tan ciertamente como lo fue Pablo, instrumentos elegidos por Dios, consagrados como *profetas* por medio del Bautismo y facultados por el Espíritu en nuestra confirmación para proclamar la Buena Nueva de Jesús. Pero antes de que podamos proclamar debemos *encontrar* a Jesús profunda, real y personalmente. También debemos de buscar la *instrucción* como *discípulos* para poder encarnar auténticamente el mensaje de Jesús en nuestras vidas y expresarlo sin distorsión en nuestras palabras.

La *Eucaristía* es un elemento clave en todo esto. Si participamos “plena, activa y conscientemente”, podemos recibir la *instrucción* y a la vez *encontrar* con Jesús, llegar a conocerlo, “en la fracción del pan” (San Lucas 24:27-35).

La Eucaristía también *sostiene y alimenta* la vida de Cristo en nosotros. En **San Juan 6:52-59** Jesús dijo: “El que come mi carne y bebe mi sangre *permanece en mí y yo en él*. Así como yo, que *he sido enviado* por el Padre que tiene Vida, *vivo por el Padre*, de la misma manera, el que me come *vivirá por mí*”. Y a su vez será *enviado* por Jesús a compartir con los demás la alegría de la vida en Cristo.

Nosotros somos enviados, no sólo por Cristo, sino *como Cristo*: Jesús va con nosotros a trabajar *en nosotros y a través de nosotros*, como en su propio cuerpo (lo que nosotros somos). Él puede dar vida divina por medio nuestro porque *permanece en nosotros*, y nosotros en él. Jesús tiene vida del Padre, nosotros tenemos vida de Jesús; y en nosotros Jesús da vida al mundo. Esto nos encausa a cumplir lo dicho en el Salmo Responsorial: “*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio*”. Cristo está en nosotros.

Iniciativa: Sé un profeta. Proclama la Buena Nueva con alegría. Y prepárate para ella.

SÁBADO **Semana III de Pascua**

Las lecturas, sintetizadas en el Salmo Responsorial, nos hablan del reconocimiento y del pago del bien que alguien ha hecho: “*¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?*” (Salmos 116).

Los Hechos 9:31-42 nos muestra cuando Dios recompensa a Tabitá, quien “pasaba su vida haciendo el bien y repartía abundantes limosnas”. Cuando murió, “todas las viudas lo rodearon [a Pedro] y, llorando, le mostraban las túnicas y los abrigos que les había hecho Tabitá cuando vivía con ellas”. Por medio de Pedro, Dios “la resucitó” a la vida. La recompensa de Dios, para ella y para nosotros, por el bien que hacemos, es la vida eterna y alegría perpetua.

En **San Juan 6:60-69** vemos que ocurre lo contrario. Gente que Jesús había bendecido con su ministerio, aún sus propios discípulos, “murmuraban” contra su promesa: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”. Muchos de sus discípulos dijeron: “¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?”. Cuando les hacía milagros, lo seguían. Pero cuando les pidió que tuvieran fe, lo rechazaron.

Jesús encontró, en las respuestas voluntarias de la gente, el mismo misterio que nosotros. ¿Por qué algunos encuentran alegría en la fe, mientras que otros, con el mismo origen e instrucción (tal vez miembros de la misma familia), abandonan la fe como algo que carece de significado para ellos?

La respuesta que Jesús da suena como si se tratara de algo predestinado a ser así: “Jesús sabía desde el primer momento quiénes eran los que no creían... Y agregó: ‘Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede’”. Pero al decir esto no está negando el libre albedrío o diciendo que algunos reciben la gracia para creer mientras que otros no. Sólo está diciendo que la fe es un don; que no es solamente una decisión humana sino también la aceptación de un don de lo alto. Y hay algunos que no aceptan creer bajo estos términos; quieren que todo sea claro y simple para ellos, reducido a dimensiones humanas que puedan entender. Quieren que su religión tenga “significado” humano. Muchos dejan de ir a Misa, sin tener consciencia de su misterio, porque sienten que no los “entusiasma”.

Jesús no explicó como podemos “comer su carne”. Se trataba de un asunto de creer o de no creer (no había término medio). Por esto, “muchos de sus discípulos se alejaron de él y dejaron de acompañarlo”. Jesús les preguntó a los Doce: “¿También ustedes quieren irse?”. Pedro le respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna”.

“*¿Cómo podemos responder al Señor por todo el bien que nos ha hecho?*”. La respuesta es simple: “Creamos” – no porque entendamos, sino simplemente para ser *fieles* a Jesucristo. Para siempre.

Iniciativa: Sé un profeta. Responde con fe aún cuando no entiendas.

Domingo IV de Pascua (Año A)

El Pastor que nos Guía Rumbo a la Vida

INVENTARIO

¿A dónde me lleva mi religión? ¿Me guía a otras cosas aparte del cielo? ¿Dónde me encuentro ahora comparado con el año pasado? ¿Llegué aquí siguiendo consciente y explícitamente a Cristo? ¿En qué forma?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada nos habla de un Dios activo y dinámico: “la tierra está llena de su amor” porque “su palabra hizo los cielos” – y los sigue haciendo y su existencia se sostiene por medio de la presencia y las acciones de Dios en el universo.

En la Oración Colecta, cuando pedimos a Dios que por medio de su “Hijo”, el “Pastor” nos guíe “a la felicidad eterna de tu Reino”, estamos pidiendo que guíe nuestras vidas en este *mundo*. En la fórmula teológica de la Iglesia, todos los que estamos vivos nos encontramos *in statu viae*: “estamos en el camino”. Tanto el *Vaticano II* (La Iglesia capítulo VII) como la *liturgia* (Oración Eucarística III) nos llaman a ser una “Iglesia peregrina”. Creemos en la guía de Jesús. Ser cristiano es seguir la guía, *estar en movimiento*. Y el pastor que nos guía es Jesús.

El Pastor que nos da la Salvación

El Salmo Responsorial (Salmos 23) se enfoca en un Dios que no nos repite el mismo platillo todos los días, más bien nos *guía* continuamente a que vivamos experiencias religiosas cada vez más ricas y a que logremos una espiritualidad más plena – del mismo modo en que un pastor guía a sus ovejas rumbo a mejores pasturas. “*El Señor es mi pastor, nada me falta*”.

Los Hechos 2:14, 36-41 identifica a Jesús como el pastor cuya guía nos aleja de una sociedad corrupta y corruptora. Jesús murió y resucitó de entre los muertos para que podamos seguir las instrucciones de Pedro: “*Conviértanse* [acepten un cambio total de objetivos y enfoque en su vida]... háganse *bautizar*... y así recibirán el don del *Espíritu Santo*”. Y así podamos estar “a *salvo* de esta generación perversa”.

El Pastor que nos sana:

1Pedro 2:20-25 nos dice que Jesús puede *curarnos* a causa de sus sufrimientos: “Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados” (también puedes ver San Mateo 8:16-17). Pero para que Jesús pueda curarnos tenemos que *seguirlo*, tal como una oveja sigue a su pastor. Si nos mantenemos cerca de él, Jesús nos mantendrá seguros: “Porque antes andaban como ovejas perdidas, pero ahora han vuelto al Pastor y Guardián de ustedes”. Para sanarnos, Jesús no nos envía de lo alto un rayo milagroso; más bien nos pide que lo *sigamos* por medio de un proceso continuo. Esto requiere que: 1. *Interactuemos* con él, o sea que, en todo lo que hacemos le demos parte activa como *Salvador*; 2. Como *discípulos* que somos, *aprendamos* de él; 3. Aceptemos que el Espíritu Santo nos *habilite* para poder encarnar, como *profetas*, sus palabras por medio de acciones; 4. Le permitamos, a través de nosotros, expresar su amor en el *ministerio* que ofrecemos a los demás como “sacerdotes en el Sacerdote”; y 5. Que

trabajemos con él como *administradores de su reino* para establecer el reino de Dios en la tierra. Si esto nos pone en un curso de colisión con la sociedad y nos lleva a sufrir con Jesús, que así sea: “esto sí es una gracia delante de Dios. A esto han sido llamados”.

“La Vida en Abundancia”

Todo es cuestión de decidir cuál o cuáles voces escucharemos. **San Juan 10:1-10** nos alerta que, hay todo tipo de gente que ofrece modelos de conducta y remedios para lograr nuestra realización; todo tipo de guías y gurús que se proponen a sí mismos como pastores. ¿Cómo podemos saber en qué anuncios, en qué programas o en qué guías debemos de creer; en qué voces podemos confiar, a qué multitud seguir? (o, si no nos sentimos como “seguidores” de multitudes, ¿con cuál de ellas debemos “marchar”? En la práctica, usualmente significa la misma cosa).

El Evangelio nos pide que nos fijemos por cuál puerta entran los que pretenden ser pastores. ¿Usan como excusa para acercarse nuestro deseo de tener *dinero*? ¿nuestro miedo de *fallar*? ¿Nuestra necesidad de sentir que *pertenecemos*? ¿A qué parte de nosotros están apelando cuando nos hacen promesas? ¿Qué puerta tienen abierta, invitándonos a entrar?

Jesús dice: “*yo soy la puerta de las ovejas...* El que entra por mí se salvará... y encontrará su alimento”. Debemos preguntarnos si la motivación básica de lo que alguien nos propone como objeto de decisión, o como curso a seguir, está cimentado en los valores que Jesús nos enseñó. No debemos esperar (ni aceptar) que los comerciales o los anuncios estén basados explícitamente en valores religiosos. Eso puede llevar a un fundamentalismo desagradable o a una prostitución sacrílega de la religión. *Nosotros mismos* tenemos que *cuestionar y mirar* para entender qué suposiciones hay detrás de las motivaciones que se nos presentan. ¿Qué es lo que los anunciantes - y nuestra familia, amigos y socios en los negocios - asumen que nosotros queremos de la vida? ¿Qué piensan ellos que nos dará la felicidad? ¿Qué piensan que nos llevará a ella? ¿Qué zanahoria cuelgan enfrente de nosotros los que pretenden ser pastores? ¿Qué vara están usando para convencernos?

En pocas palabras: “¿Hacia dónde nos quieren llevar? ¿Qué es lo que en realidad nos prometen? Jesús hace de su promesa algo explícito y claro: “*yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia*” – o, en la edición de 1980 de *The New American Bible*: “la tengan en plenitud”.

Cualquiera que busque la plenitud de la vida asociándose con Jesucristo o interactuando con él será inevitablemente un profeta – y probablemente pague el precio de serlo. Pero este precio nos compra “la vida en plenitud”, tanto aquí como en el más allá. Si “*El Señor es mi pastor, nada me falta*”.

VISIÓN

Para los que siguen a Jesús, ¿qué significa “querer algo”? ¿Qué significa para lo que no?

INICIATIVA

Debes estar consciente de que estás en movimiento. Mira al frente para ver hacia dónde vas, y mira atrás para ver dónde has estado.

LUNES

Semana IV de Pascua

El Salmo Responsorial afirma el hambre universal que el corazón humano siente por Dios: “*Mi alma tiene sed de ti, Dios vivo*” (Salmos 42). Y en las lecturas vemos a Jesús, el buen pastor, ávido por satisfacer esta sed que tenemos todos los habitantes del mundo.

En **Los Hechos 11:1-18**, Pedro explica a algunos de los “creyentes circuncidados” (los “judaizantes”: Judíos cristianos que se aferraban a las leyes y a las costumbres judías con las que habían crecido y querían imponer a todos los que aceptaban a Cristo) porque él había roto la barrera legal entre los judíos y los gentiles al entrar en la casa de unos gentiles y haber comido con ellos. Lo explicó como una inspiración recibida del Espíritu Santo – “El Espíritu Santo me ordenó que fuera con ellos sin dudar” – y como una respuesta a su fe evidente, que se confirmó cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos: “si Dios les dio a ellos la misma gracia que a nosotros... ¿cómo podía yo oponerme a Dios?”.

Aquí Pedro hace dos cosas: primero, nos muestra que para ser *profetas*, en lugar de permanecer fijos en una observancia ciega de las leyes (el legalismo corta la comunicación entre nosotros y el Espíritu), debemos responder a la voz viva de Dios, aunque ésta nos lleve en direcciones inesperadas.

Segundo, Pedro es un modelo de obediencia al gran mandamiento que Jesús le dio: Si me amas, “Apacienta mis ovejas” (San Juan 21:15-17). La primera preocupación de todo miembro y ministro de la Iglesia debe de ser alimentar a la gente que “*tiene sed de ti, Dios vivo*” e invitarlos a la mesa y no alejarlos con reglas generales que no consideran la realidad concreta de los individuos y de sus circunstancias.

San Juan 10:11-18 nos enseña la actitud que Jesús, el buen pastor, tiene con aquellas ovejas que “el lobo” ha “dispersado” y con las ovejas que no se reúnen con las suyas: Las buscará, les dará la bienvenida y las guiará: “ellas oirán mi voz”. Cuando encontramos a alguien que escucha la voz de Jesús, debemos de repetir, junto con Pedro, “¿cómo podía yo oponerme a Dios?”. Si alguien “*tiene sed de... Dios vivo*”, es porque Dios lo está llamando. ¿Cómo podemos ignorarlo?

El espíritu de Jesús, el buen pastor, es el espíritu del amor universal; un amor que se extiende, que quita barreras y que allana el camino de aquellos que avanzan rumbo a Jesús y cuyas almas tienen “*sed de ti, Dios vivo*”. El pastor que no hace esto, solamente está trabajando como un “asalariado, no se preocupa por las ovejas”. Al defender la ley rompen con la ley más importante del ministerio pastoral: Si me amas, “Apacienta mis ovejas”.

Iniciativa: Sé un profeta. Reconoce la voz de Dios en los corazones de los demás y ayúdales a responder. Nunca los rechaces.

MARTES Semana IV de Pascua

El Salmo 87 es un himno que proclama que Jerusalén es el verdadero lugar de nacimiento incluso de los judíos que nacieron en otro lugar. En el contexto actual proclama que la *Iglesia* es la verdadera casa de todos los cristianos, ya sean de origen judío o gentil. El Verso Responsorial es del Salmo 117 (y ve Romanos 15:11): “*Alabad al Señor, todas las naciones*”.

Los Hechos 11:19-26 afirma la acción del Espíritu Santo en aquellos que llevaron el Evangelio a los gentiles de Antioquia. Fue en Antioquia “donde por primera vez los discípulos recibieron el nombre de ‘cristianos’”, porque el número de gentiles hizo resaltar a la comunidad, distinguiéndose así claramente del judaísmo.

Sin embargo, admitir en la Iglesia a los gentiles que no estaban obligados a seguir las costumbres judías, desencadenó un conflicto entre aquellos que eran seguidores del Espíritu y aquellos que estaban obsesionados con la ley. Pablo tuvo que confrontar al mismo Pedro en este aspecto (ve Gálatas 2:11-16). “Pero se levantaron algunos miembros de la secta de los fariseos que habían abrazado la fe, y dijeron que era necesario circuncidar a los paganos convertidos y obligarlos a observar la Ley de Moisés”. Como respuesta a esta crítica, “Los Apóstoles y los presbíteros” se reunieron en Jerusalén y “decidieron” con el consentimiento de “la Iglesia entera... no imponerles ninguna carga más que” unas pocas reglas que consideraron necesarias para preservar la unidad (Los Hechos 15:1-31). Pero “el grupo de la circuncisión” siguió causando divisiones, tal como aquellos que resistieron al Espíritu, quien habló en el Concilio Vaticano II, continúan causando división en la Iglesia de hoy. El espíritu del legalismo es perdurable.

Siempre habrá quienes prefieran una Iglesia estrechamente unida por una adherencia a las reglas y las costumbres en lugar de una Iglesia pastoralmente abierta a todos. El espíritu del Buen Pastor es abrir las puertas a todos: “*Alabad al Señor, todas las naciones*”.

San Juan 10:22-30 nos muestra cuando Jesús es acosado por los legalistas de su tiempo. Ellos encontraban faltas en todo lo que Jesús decía o hacía; sólo le escuchaban para “atraparlo en sus palabras” en lugar de tratar de entender su mensaje y responderle (San Marcos 12:13; San Lucas 20:20). En la Iglesia de hoy, todo predicador o escritor que es, al menos, un poco profético, ha experimentado esta misma oposición ciega y sorda.

La respuesta de Jesús fue regresar a la imagen del Buen Pastor. Aquellos que creen en él y quieren alimentarse espiritualmente escucharán y vivirán: “Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy Vida eterna: ellas no perecerán jamás”. Esto nos da un motivo para cantar: “*Alabad al Señor, todas las naciones*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Acepta el reto de la diversidad y el cambio.

MIÉRCOLES Semana IV de Pascua

El Salmo Responsorial celebra el valor de la senda de Dios y del deseo de revelarla a todos lo demás: “Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora” Esto inspira la Respuesta: “*Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben*” (Salmos 67). Que “las naciones con júbilo te canten, porque juzgas... y riges en la tierra a las naciones” como pastor universal.

Los Hechos 12:24 al 13:5 nos describe el espíritu misionero que el Espíritu Santo inspira en la Iglesia. “La Palabra de Dios se difundía incesantemente” porque *toda la comunidad*, y no sólo aquellos con autoridad, se afanaban en ello. Además de los Apóstoles y de los “ancianos” (de donde se viene nuestra palabra “sacerdote”), “había en la Iglesia fundada en Antioquía profetas y maestros” – tal como los hay en cada parroquia de hoy. El impulso para enviar a Saulo y a Bernabé a evangelizar a los gentiles surgió de estos miembros de la comunidad “mientras celebraban el culto del Señor y ayunaban”. El Espíritu Santo habló a través de ellos.

Ésta es la “era de los laicos”. Un análisis reciente a cerca de la “*Crisis de la Iglesia Católica Romana en los Estados Unidos*” (“*Crisis of the Roman Catholic Church in America*”) concluye que: “El liderazgo en el catolicismo americano está cambiando. Nada lo puede detener. El liderazgo de los sacerdotes y las monjas está cediendo su lugar al liderazgo de los laicos... El futuro de la Iglesia no puede entenderse sin tomar en cuenta el surgimiento sorprendente de una nueva categoría de liderazgo católico que ya ha transformado calladamente mucho de la vida de la iglesia”. Los laicos comienzan a asumir su papel como *profetas*.¹

San Juan 5:17-30 cimienta la iluminación profética en *la atención a la palabra de Dios*. No es suficiente conformarse con las enseñanzas que la Iglesia presenta, ya digeridas y empacadas en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, o traduce como reglas y regulaciones para uso general. Tenemos que ir a la fuente, a la verdad que Dios nos reveló; que nos enseñó y encarnó en Jesús mismo: “Yo soy la luz, y he venido al mundo para que todo el que crea en mí no permanezca en las tinieblas”. El pastor es Jesús.

Si no buscamos un contacto directo con la luz que surge de la palabra de Jesús, es posible creer en él y aún así permanecer en tinieblas. Es obvio que también la Iglesia es nuestra pastora y nos ofrece su guía; pero para ser *guiados*, tenemos que estar ya *en el camino*. La palabra de Dios nos da inspiración, motivación, impulso, y “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” (Efesios 3:18). El sistema de guía de la Iglesia, si sabemos usarlo, evita que viremos fuera de curso. Para ser *profetas* necesitamos ambas cosas – y también necesitamos al Espíritu Santo.

Iniciativa: Sé un profeta. Sumérgete en la luz de la palabra de Cristo. Y escúchalo.

¹ *A People Adrift...*, por Peter Steinfels, (Simon and Schuster, 2003), páginas 307, 330. Ve también las bases teológicas del liderazgo laico en los documentos del Vaticano II sobre la *Iglesia* y sobre el *Apostolado de los laicos*.

JUEVES

Semana IV de Pascua

El Salmo Responsorial nos invita, por tercer día consecutivo, a alabar a Dios. El martes y el miércoles se trataba de una alabanza a la *anchura* de la extensión de la Buena Nueva a “todas las naciones” y a la *profundidad* a la que nos invita el acceso directo a la palabra de Dios. Hoy se trata de una alabanza a la *longitud* de la fidelidad de Dios a través del tiempo y a la *altura* de la que nos llega el mensaje: “*Cantaré eternamente tus misericordias, Señor*” (Salmos 89).

En **Los Hechos 13:13-45** San Pablo nos presenta la historia de la guía que Dios le dio a su pueblo a través de mensajeros, y que culmina con el “Salvador, que es Jesús”. Pero Jesús estaba a un nivel único, a un nivel más alto; nadie podía compararse con él. Aún Juan Bautista dijo: “aquel a quien yo no soy digno de desatar las sandalias”.

Éste es el punto que Jesús hace en **San Juan 13:16-20**. Y nos da el motivo principal, el hecho que él es Dios: “Yo Soy” (ve Éxodo 3:13-14).

Jesús es Dios hecho hombre; que aunque “era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor”, aún lavando los pies de sus discípulos como sirviente. Y adoptó la debilidad hasta un grado escandalizante: “se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz” (Filipenses 2:5-11). Y para preparar a sus discípulos para esta conmoción San Juan nos muestra a Jesús declarando su divinidad: “para que cuando suceda, crean que Yo Soy”.

Como aquellos que le precedieron, Jesús vino como mensajero. Pero él era único. No sólo enfatizó frecuentemente que él era el enviado del Padre, sino que también dijo: “el que me ve, *ve al que me envió*” (San Juan 12:45) porque “El Padre y yo somos una sola cosa” (San Juan 10:30).

Luego Jesús revela el misterio de nuestra identificación con él: “que el que reciba al que yo envíe, *me recibe a mí*”. No somos solamente mensajeros enviados por Jesús. El misterio de nuestro Bautismo es que, al “ofrecer nuestros cuerpos como sacrificio vivo” nos “hemos convertido en Cristo” (San Agustín citado por Juan Pablo II). Somos su cuerpo viviente, su presencia real en la tierra. Nosotros no somos uno con Jesús de la misma forma que él es uno con el Padre, aunque Jesús dice algo cercano (ve San Juan 6:56-57; 15:15; 17:20-22). Su presencia en nosotros no es lo mismo que su presencia en la Eucaristía; pero es igualmente real.

Por eso es tan importante que, como *profetas* que somos, dejemos que sus palabras “se encarnen” en nosotros, en nuestras acciones y nuestro estilo de vida. Esto es para revelar que en nosotros, sus mensajeros, Jesús el Pastor ha resucitado y continua su presencia y su misión en la tierra hasta el fin de los tiempos: “*Cantaré eternamente tus misericordias, Señor*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Deja que la presencia de Cristo aparezca en tus palabras y tus acciones.

VIERNES Semana IV de Pascua

El Salmo Responsorial proclama que Jesús es un Pastor que estará siempre con nosotros, porque él es divino: “*Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*” (Salmos 2). Y la prueba de esto es que él resucitó de entre los muertos.

Los Hechos 13:26-33 nos dice que “la gente de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Jesús”. Ellos no eran sus ovejas; si lo hubieran sido, habrían reconocido su voz. Pensaban neciamente que se podían deshacer de él dándole muerte. Pero al hacerlo, simplemente dieron cumplimento a “todo lo que estaba escrito de él”. Y después “Dios lo resucitó de entre los muertos”.

El hecho central del que la Iglesia da testimonio es la resurrección de Jesús. Sin el Evangelio nada la puede explicar, y nada en el Evangelio puede explicarse sin ella. Para resucitar de entre los muertos Jesús tenía que ser divino; y ya que era divino, tenía que resucitar de entre los muertos. Su resurrección fue la forma en la que el Padre reafirmó: “*Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*”. Al resucitar a Jesús el Padre validó todas sus aseveraciones – quitar nuestros pecados, dar vida y alegría “en abundancia”, dar la paz, el Espíritu Santo y la vida eterna – y así, “la promesa que Dios hizo a nuestros padres, fue cumplida por él”. Jesús será nuestro Pastor por siempre.

San Juan 14:1-6 nos muestra que Jesús también cumplió otra promesa de Dios, y de cierto modo, hizo más de lo que nos hubiéramos podido imaginar. Dios había predicho: “Ésta es la Alianza que estableceré con la casa de Israel, después de aquellos días... *pondré mi Ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo*” (Jeremías 31:33; Hebreos 10:10).

En la Última Cena, cuando Jesús dijo: “tú no puedes seguirme ahora [a la muerte], pero más adelante me seguirás”, Tomás preguntó: “Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?”. Como respuesta Dios dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. El camino que debemos de seguir, la verdad que necesitamos saber, la vida que necesitamos vivir están en nosotros. El nos ha convertido en su cuerpo. Seguir a Jesús significa ser Jesús, compartir su propia vida divina, su luz y su amor. Dios ha dicho a cada uno de nosotros: “*Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*”.

Jesús agregó: “volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes”. La verdad es que podemos estar donde Jesús está ahora, porque donde él está nosotros estamos, y donde nosotros estamos, Jesús está. Él es el Pastor Divino que nos guía y nos alegra desde nuestro interior. Podemos estar conscientes y lograr que Jesús sea parte de todo lo que hacemos si decimos repetidamente: “Señor, te doy mi cuerpo. Haz esto *conmigo*, haz esto *en mí*, haz esto *a través de mí*”. Y así lo hará.

Iniciativa: Sé un profeta. Deja que Jesús actúe en todo y a través de todo lo que haces.

SÁBADO Semana IV de Pascua

El Salmo Responsorial nos promete: “*Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios*” (Salmos 98). Las lecturas toman un significado especial si entendemos que “los confines de la tierra” significa, no sólo países, sino en todos los países *en todas las áreas y actividades de la vida*: la vida familiar y social, en los negocios y en la política. ¿Cuándo y cómo veremos “la victoria de nuestro Dios” en todas estas áreas? Cuando esto suceda veremos que las palabras proféticas de la oración de la Iglesia se cumplirán: “Envíanos, Señor, tu Espíritu, y nuestros corazones serán creados de nuevo. *Y renovarás la faz de la tierra*”.

En **Los Hechos 13:44-52** vemos que Dios usa la oposición de sus enemigos para lograr sus propósitos. Éste es un patrón que se repite en los Evangelios, y que es más evidente en el triunfo de Jesús a través de su muerte y su derrota (ve San Mateo 2:23; 4:12-16; Los Hechos 11:19). Así que, cuando los judíos de Antioquía rechazaron su predicación, los Apóstoles vieron que esto les abría otra puerta: “A ustedes debíamos anunciar en primer lugar la Palabra de Dios, pero ya que la rechazan... *nos dirigimos ahora a los paganos...* para llevar la salvación hasta los *confines de la tierra*”.

En la Iglesia de hoy las vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa han declinado. Pero sólo toma un poco de iluminación profética para reconocer que Dios usa este hecho para elevar a los laicos y animarlos a vivir su consagración bautismal por medio de una participación plena en el ministerio y el apostolado de la Iglesia.

Por medio de la participación de los laicos en la misión de la Iglesia, el reino de Dios se establecerá en todas esas áreas que el clero nunca podría alcanzar: los negocios, la política y la vida familiar y social. El Vaticano II nos dice que, por su vocación, estos son los lugares donde los laicos se encuentran: “Viven... en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretrejida. *Allí están llamados por Dios...* de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo” (Constitución Dogmática Sobre la Iglesia #31).

Para aquellos que no se sienten dignos del ministerio y del liderazgo en la Iglesia, Jesús dice a Felipe, en **San Juan 14:7-14**, que tal como el Padre trabaja a través de Jesús, Jesús trabajará en sus seguidores: “el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y aun mayores”. El Padre es “glorificado en el Hijo” y el Hijo es glorificado en los miembros de su cuerpo. “El que me ha visto, ha visto al Padre”. El que ha visto actuar a los miembros de la Iglesia en la gracia, ya sean clérigos o laicos, ha visto a la Iglesia y a Cristo. La función de los *profetas* es asegurarse que así sea “brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad” (Ibíd.) y así podamos decir que “*Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Toma contigo la verdad de Cristo por dondequiera que vayas. Vívela.

Domingo V de Pascua (Año A)

Estamos Llamados a Dar Testimonio por medio de una Unión Viva con Dios

INVENTARIO

La Antífona de Entrada nos invita a cantar: “al Señor” porque él ha “hecho maravillas” y “todos los pueblos han presenciado su victoria” (Salmos 97). ¿Qué “maravillas” de Dios he vivido? ¿Cómo se manifiesta “su victoria” en la Iglesia y en el mundo de hoy?

ALIMENTACIÓN

En la Oración Colecta profesamos nuestra creencia en que el Padre nos mira “con amor” y nos otorga la “libertad verdadera”. No se trata simplemente de *libertad de* las actitudes y los valores que nos esclavizan, sino de *libertad para* tomar *decisiones personales* que nos permitan alcanzar “la herencia eterna” que Dios nos ha prometido. Las decisiones libres, personales, creativas e innovadoras que tomamos dando respuesta a la palabra de Dios, pueden ser dadoras de vida y revelar la “victoria” de Dios porque hemos recibido al Espíritu que las inspira. Las *lecturas* nos muestran cómo es que esto ocurre.

La Respuesta al Espíritu:

El Salmo Responsorial nos enseña que la decisión de confiar en Dios y esperar su guía nos abre el camino a la salvación por medio de su gracia: “*Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*” (Salmos 33).

Los Hechos 6:1-7 nos muestra la guía que el Espíritu Santo da a la comunidad como respuesta a los retos inesperados que surgen en su vida como Iglesia. Las diferencias culturales amenazaban con crear una división entre los cristianos de habla griega, los “helenistas” y los de origen hebreo. Los Doce se reunieron con todos los discípulos e hicieron una propuesta y “la asamblea aprobó esta propuesta” que consistía en elegir a siete hombres “llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (todos los nombres que se mencionan eran griegos) para encargarse de las necesidades de los helenistas.

“Los presentaron a los Apóstoles, y estos, después de orar, les impusieron las manos”. El relato termina diciendo: “Así la Palabra de Dios se extendía cada vez más, el número de discípulos aumentaba considerablemente”. Por medio de la oración, la confianza, y el valor de tomar acciones decisivas, la Iglesia experimentó que la “*misericordia*” de Dios venía a ella tal “*como lo esperamos*”.

Una estructura Viva

1 San Pedro 2:4-9 invita a los discípulos a dejarse formar en una comunidad estructurada y ser “edificados como una casa espiritual”, pero una casa hecha de “piedras vivas”, con Jesús como “la piedra viva” como su piedra angular. A veces la gente habla despectivamente de la “Iglesia organizacional”, o de la “religión organizada”. Pero una “religión no organizada” no puede ser una verdadera iglesia (una “asamblea” con identidad), y la Iglesia no puede existir apartada o separada de la “Iglesia organizacional” más de lo que un cuerpo puede existir apartado de su esqueleto. Nosotros no reducimos a la Iglesia a su estructura organizacional

más de lo que reducimos el cuerpo a sus huesos. Para que la Iglesia sea auténtica, las piedras de su estructura deben estar *vivas*.

Esto significa que la “piedra viva” de Jesús debe ser la “piedra angular”. La Iglesia está viva porque está basada y en contacto con la persona viva de Jesús resucitado. La Iglesia está viva porque sus miembros se han “convertido en Cristo” por medio del Bautismo, y han muerto a sus vidas humanas aisladas e individuales y han resucitado “en Cristo” para vivir como partes del todo, miembros del cuerpo de Cristo y para que “*crezcamos plenamente, unidos a Cristo. Él es la Cabeza, y de él, todo el Cuerpo recibe unidad y cohesión, gracias a los ligamentos que lo vivifican y a la actividad propia de cada uno de los miembros. Así el Cuerpo crece y se edifica en el amor*”. (Efesios 4:15-16). La “Iglesia organizacional” es, en realidad, una comunidad viva, creciente, de apoyo mutuo y organizada, que continua llevando a cabo la misión de Jesús Profeta, Sacerdote y Rey. Nosotros somos un “*pueblo elegido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido por Dios*”, consagrados “para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz”. Para esto necesitamos estar conscientes de Cristo en todo momento, referir a él toda experiencia, y basar firmemente en él, la piedra angular, todas nuestras decisiones.

Camino, Verdad y Vida

San Juan 14:1-12 nos da las bases para orar: “*Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*”. Jesús mismo dijo: “No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí”. Jesús no es solamente un maestro del pasado, alguien a quien usar como un libro de referencia y a quien imitar lo mejor que podamos.

Jesús no sólo enseñó algunas verdades e indicó una forma de vida. Jesús *es* “el camino la verdad y la vida”. Él es la verdad que ilumina ahora nuestros seres desde nuestro propio interior. Él mismo *es* el camino. Si estamos viviendo “en Cristo”: consciente y activamente, estamos en el Camino. Seguir su camino es vivir en él. El camino no es algo que él nos señale; es algo que encontramos en él, en una unión profunda, consciente y personal con él como su cuerpo en la tierra. Sólo podemos conocer el camino conociendo a Jesús. Sólo podemos seguir el camino *siendo* Jesús.

El hecho es que, para nosotros, Jesús es el Camino y la Verdad al ser nuestra Vida. Dado que él vive en nosotros y comparte su vida con nosotros, vemos la verdad a través de su luz y caminamos por medio de su fortaleza. Esto explica su sorprendente declaración: “el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y *aún mayores*”. Él dijo: “el Padre que habita en mí es el que hace las obras”. Y es Jesús quien, viviendo en nosotros, puede hacer cosas por medio de cada uno de nosotros que no puede hacer en cualquier otro hombre o a través de otro cuerpo humano, incluyendo el cuerpo que él recibió de María. Él es nuestra Vida; nosotros somos su cuerpo. Juntos, somos el misterio de Jesús resucitado que vive y actúa en la tierra.

VISIÓN

¿Cuándo he visto que la “victoria” de Cristo se refleja en mis acciones? ¿En la vida de la Iglesia? ¿Qué cosa puedo hacer que es “mayor” que lo que hizo Jesús?

INICIATIVA

Pon tu confianza en Jesús que vive y trabaja en ti, y ten el valor de tomar decisiones basadas en su verdad que dependan de su fortaleza.

LUNES

Semana V de Pascua

El Salmo Responsorial nos enseña a vivir la experiencia de Dios dependiendo de Dios: “*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*” (Salmos 115).

En **Los Hechos 14:5-18** vemos nuevamente el patrón “kerigmático” o “heráldico” de la predicación de la Buena Nueva: Primero, *pre-evangelización*: un milagro plantea una cuestión para la cual la única explicación verdadera es la acción de Cristo en su cuerpo resucitado (14:8-14): “*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*”.

Luego sigue la *evangelización*, la predicación del Evangelio como respuesta a la cuestión planteada (14:15-18, con el desarrollo supuesto de Pablo). Pero a diferencia de las ocasiones anteriores (ve Los Hechos 2:41-47; 4:4, 23-36), no hay un registro de la tercera fase, *la eucaristía*: la celebración de la Buena Nueva por los que creen – supuestamente porque los de la facción judía “apedrearon a Pablo y, creyéndolo muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad” (verso 19).

Para dar testimonio de Cristo como *profetas* no tenemos que hacer curas milagrosas. Pero, ¡sí tenemos que *ser* un milagro visible y vivo de la gracia! La “pre-evangelización” esencial para una proclamación efectiva de la Buena Nueva es un *estilo de vida*, una forma de vivir y actuar, que plantee preguntas que sólo pueden responderse a la luz de las enseñanzas de Jesús y de la habilitación que resulta de su resurrección. El costo del testimonio profético es vivir en una contradicción radical al espíritu de este mundo y arriesgar la persecución de aquellos que se sienten amenazados por esto.

En **San Juan 14:21-26** el apóstol Judas Tadeo pregunta: “¿por qué te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?” ¿Por qué la gente, aún dentro de la Iglesia, se resiste a los profetas y rechaza su testimonio?

La respuesta a esta pregunta es que, como los judíos que apedrearon a Pablo, ellos identifican la religión con la observancia de *reglas* y la adhesión a la *doctrina* ortodoxa, y en esto encuentran su seguridad. Pero aquellos que aman a Jesús lo suficiente como para querer *conocerlo* se convierten en *discípulos* y estudian sus *palabras*. Entran en una unión íntima con Dios: “El que me *ama* será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; *iremos* a él y *habitaremos* en él”.

Obviamente, la doctrina correcta y las reglas son importantes; pero no son el cristianismo. El cristianismo es verdad y amor que se viven con Dios: “el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo”. La atención constante y la dependencia de las acciones de Dios por medio del Espíritu Santo es nuestra única seguridad real: “*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Haz que tu vida dependa del Espíritu. Busca que tu guía sean las palabras de Dios en las Escrituras. Escucha, ama y vive.

MARTES Semana V de Pascua

El Salmo Responsorial nos alerta sobre la importancia que tiene la celebración de la acción de Cristo resucitado en la Iglesia: “*Que tus fieles, Señor, proclamen la gloria de tu reinado*” (Salmos 145).

En **Los Hechos 14:19-28** vemos un patrón que revela la presencia y asegura la permanencia de Jesús resucitado en la Iglesia.

1. Pablo se recupera de la apedreada después de que lo habían dado por muerto, y “Al día siguiente, partió con Bernabé rumbo a Derbe” donde proclamaron la buena nueva. Esto da cumplimiento de la promesa de Jesús en el Evangelio de hoy: “¡No se inquieten ni teman!... Me voy y volveré a ustedes”. En Pablo “resucitado” Jesús continua su trabajo.
2. En Derbe y en otras ciudades Pablo y Bernabé hicieron “numerosos discípulos”, y antes de irse “*En cada comunidad establecieron presbíteros*, y con oración y ayuno, los encomendaron al Señor en el que habían creído”. Dejaron las iglesias de las comunidades provistas de todas las funciones sacerdotales (especialmente, pero no únicamente la Eucaristía) necesarias para asegurar su continuidad.
3. A su retorno a Antioquía “convocaron a los miembros de la Iglesia y les contaron todo lo que Dios había hecho con ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los paganos”, cumpliendo con lo que el Salmo Responsorial recomienda: “*Que tus fieles, Señor, proclamen la gloria de tu reinado*”. Dar a conocer y celebrar el trabajo de Dios en la Iglesia es un elemento importante para mantener la fe de la comunidad y hacer que esta comunidad sea consciente de la presencia de Jesús resucitado entre ella.

En **San Juan 14:27-31** Jesús predijo todo esto incluyendo sus frutos: “Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman!”. Sí, la Iglesia sufrirá persecución y retrocesos. Pero tal como Pablo y Bernabé “confortaron a sus discípulos y los exhortaron a perseverar en la fe, recordándoles que es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”, así Jesús ha confortado a los apóstoles, diciendo: “Les he dicho esto antes que suceda, para que cuando se cumpla, ustedes crean”. Y cada vez que el trabajo del Espíritu en la Iglesia muestra que Jesús ha “vuelto”, debemos celebrarlo – porque “el Príncipe de este mundo... nada puede hacer contra” Jesús. Para asegurar esto: “*Que tus fieles, Señor, proclamen la gloria de tu reinado*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Reconoce, reporta y celebra las obras de Jesús resucitado en la Iglesia – y especialmente cuando se muestra a través de retrocesos y persecuciones.

MIÉRCOLES

Semana V de Pascua

El Salmo Responsorial nos dice: “*Vamos alegres a la casa del Señor*” (Salmos 122). Las *lecturas* nos dan una muestra de lo que hará sentir esta alegría.

La decisión básica aparece en **Los Hechos 15:1-6**. Podemos regocijarnos en el hecho de que las *reglas se están cumpliendo* y de que no se está desarrollando doctrina alguna (ya sea buena o mala). Esto era lo que preocupaba a las “personas venidas de Judea” a Antioquía y que estaban instruyendo a los gentiles recién convertidos que Pablo y Bernabé habían traído a la Iglesia, “si no se hacían circuncidar según el rito establecido por Moisés, no podían salvarse”. Ellos no se regocijaban en todo lo que Dios había hecho a través de Paulo y Bernabé y de “cómo había abierto la puerta de la fe a los paganos” (Los Hechos 14:27). Lo único que les importaba era el cumplimiento de la ley y la “ortodoxia” de acuerdo a sus propio entendimiento de lo que eran enseñanzas aceptables.

Aún hay aquellos en la Iglesia – y su “nombre es Legión” (ve San Marcos 5:9) – que perpetúan esta misma actitud. Son los descendientes naturales de los fariseos y se pueden identificar en todas las parroquias o diócesis al asumir por sí mismos la responsabilidad de defender a la Iglesia de toda interpretación pastoral o aplicaciones proféticas que vayan más allá de la letra de la ley. A ellos no les importa “abrir la puerta” para que alguien entre. Sólo quieren cerrarla a toda innovación o cambio. A cualquier sacerdote o ministro laico cuya preocupación principal sea apacentar “a las ovejas” (San Juan 21:15-17) lo confrontan con una “prolongada discusión”, tal como le pasó a Pablo y a Bernabé. La ley y el orden es lo único que les brinda alegría, y se pueden reconocer fácilmente por su falta de ésta.

Cuando los enviados de la Iglesia contaron detalladamente la conversión de los gentiles “esto causó una gran alegría a todos los hermanos” excepto a aquellos que eran de la “secta de los fariseos”. Ellos “dijeron que era necesario circuncidar a los paganos convertidos y obligarlos a observar la Ley de Moisés”. ¡Vaya contraste!

En **San Juan 15:1-8** Jesús nos enseña a enfocarnos en lo que *da fruto*. Esto significa realmente enfocarnos en la *unión con él*. “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que *permanece en mí*, y yo en él, *da mucho fruto*... La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos”. El enfoque está en nuestra unión de mente y corazón con Jesús, no en la ley.

Los discípulos son aprendices. Los aprendices cambian y crecen. El Padre los “poda” para que den más fruto. Si no cambiamos, crecemos y damos más fruto puede deberse a que no “permanecemos” en Cristo y a que sus palabras no “permanecen en nosotros”. Y probablemente significa que no “*Vamos alegres a la casa del Señor*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Enfócate en dar fruto a través de una unión viva con Cristo.

JUEVES

Semana V de Pascua

El Salmo Responsorial nos pide que enfoquemos nuestra atención en las obras de Dios, y dejemos que éstas sean la guía de nuestros juicios sobre la conducta de los seres humanos: “*Contad las maravillas del Señor a todas las naciones*” (Salmos 96). En particular, nuestra interpretación de la ley debe basarse en las obras del Espíritu que podemos ver dentro de la Iglesia. Esto es lo que las lecturas nos enseñan.

En **Los Hechos 15:7-21** “los Apóstoles” y “los presbíteros” basaron en tres cosas la decisión que tomaron para resolver la disensión entre los misionarios y la secta de los fariseos:

Lo primero fue la *experiencia espiritual* que Pedro, Pablo y los misionarios tuvieron del Espíritu Santo cuando éste bendijo su trabajo entre los gentiles. Pedro les recordó que Dios lo “eligió entre todos ustedes para anunciar a los paganos la Palabra del Evangelio, a fin de que ellos abracen la fe. Y Dios... *dio testimonio* en favor de ellos, enviándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros” (ve Los Hechos 10 y nota la oposición inmediata de la secta de los fariseos, Los Hechos 11:1-18). Luego Bernabé y Pablo “comenzaron a relatar los signos y prodigios que Dios había realizado entre los paganos por intermedio de ellos”.

Lo segundo fue que Santiago citó la palabra de Dios en las Escrituras para mostrar como “con esto concuerdan las palabras de los profetas”.

Finalmente, su conclusión refleja una *sensibilidad política* a los sentimientos de los judíos cristianos. A los gentiles convertidos se les pidió no comer ciertos alimentos que eran particularmente aborrecidos por los judíos. Estas restricciones fueron disminuyendo cuando su causa dejó de ser relevante.

En su discusión y discernimiento, los Apóstoles y los ancianos seguían, de hecho, las instrucciones de Jesús en **San Juan 15:9-11**: “*Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor*”. Su enfoque estaba en el amor, no en la observancia de las leyes. Los “mandamientos” que Jesús les pide cumplir son los suyos propios, no las reglas y regulaciones ya establecidas en el judaísmo. Y el mayor de sus mandamientos era simplemente: “*Ámense los unos a los otros, como yo los he amado*”. Su decisión se guió por el deseo de amar a los gentiles como Jesús ama a todos.

Jesús les pidió que guardaran sus mandamientos “como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor”. Esto nos enfoca en nuestra *misión*, porque es lo que el Padre mando hacer a Jesús. Y coincide con el mandamiento mayor a Pedro: Si me amas, “*apacienta mis ovejas*” (San Juan 21:15-17). Para verdaderamente obedecer a Jesús con amor, debemos amar y nutrir a sus ovejas. Esto es lo que guió la decisión de la comunidad sobre lo que debían imponer o no imponer a los gentiles convertidos. Y éste es el espíritu que debe guiarnos hoy. Para hacer esto debemos tener el valor de interpretar las leyes a la luz del Espíritu y de su propósito pastoral.

Iniciativa: Sé un profeta. Busca el objetivo de cada ley y haz lo que se necesite para alcanzarlo.

VIERNES Semana V de Pascua

El Salmo Responsorial es la exclamación de quien se alegra por la salvación que el amor de Dios da a todos: “*Te alabaré en medio de los pueblos, Señor*” (Salmos 57).

En **Los Hechos 15:22-31** vemos este amor de salvación encarnado en la respuesta de la Iglesia a los gentiles convertidos. La comunidad niega a aquellos que “sin mandato de nuestra parte, han sembrado entre ustedes la inquietud y provocado el desconcierto”. Los Apóstoles y los presbíteros afirman confidentemente que: “*El Espíritu Santo, y nosotros mismos, hemos decidido no imponerles ninguna carga más que las indispensables...*”.

El espíritu de la Iglesia guiado por el Espíritu es exactamente lo opuesto a lo que Jesús condenó en los fariseos y los “escribas”, o especialistas en la aplicación de la ley: “Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras que ellos no quieren moverlas ni siquiera con el dedo” (San Mateo 23:2-4; San Lucas 11:46). El espíritu que siempre debe de prevalecer en la Iglesia es el espíritu que Jesús expresó cuando dijo: “Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré” (San Mateo 11:28).

Éste es el espíritu de los *profetas*, quienes buscan, no la letra de la ley, sino el objetivo de la ley, conscientes de que la intención que norma y determina el objetivo de cada ley o regla de la Iglesia es la comisión que Jesús dio a Pedro: “Apacienta mis corderos”. Cuando cumplimos con este mandamiento sabemos que lo amamos verdaderamente y que amamos a quienes él nos ha enviado (ve San Juan 21:15-17).

La libertad de espíritu con la que los profetas abordan las leyes está cimentada en las palabras de Jesús durante la Última Cena (San Juan 15:12-17): “Ya no los llamo *servidores*, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo *amigos*, porque *les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre*”. Los profetas tratan de juzgar basándose en un conocimiento íntimo de la mente y corazón de Dios. Por esta razón los *profetas* llevan constantemente el *ministerio* a los demás como *sacerdotes* (por el Bautismo). Esto es lo que significa vivir el amor de Cristo. Jesús dijo: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos”. Llevar el *ministerio*, atendiendo las necesidades de los demás, es literalmente “dar la vida” por los demás, porque cada minuto que servimos a otra persona es un minuto de nuestras vidas. Para todos los que estamos en este mundo, la vida y el tiempo son sinónimos; comienzan y terminan al mismo tiempo.

Jesús, que nos dio el mandamiento: “Ámense los unos a los otros, como yo los he amado”, nos dijo después: Yo fui “el que los elegí a ustedes, y los destiné para que *vayan y den fruto*”. Nosotros mostramos nuestro amor por Dios y por los demás expresando constantemente la vida de Dios en nosotros, comunicándola así a los demás.

Iniciativa: Sé un profeta. Escucha, aprende y vive de acuerdo al corazón (amor) de Cristo.

SÁBADO Semana V de Pascua

Aunque ambas lecturas hablan de oposición a los Evangelios y de persecución, el verso del Salmo Responsorial nos dice: “*Aclama al Señor, tierra entera*” (Salmos 100). La verdad es que los ataques a la Iglesia pueden ser una señal de que estamos realmente unidos con Jesús, “la piedra que los constructores rechazaron”, que “ha llegado a ser la piedra angular” (1San Pedro 2:7). Todo lo que indique que hemos sido “sepultados con Cristo” a las actitudes y valores de este mundo es una garantía de que también hemos “sido resucitados” con él (Antífona de Entrada). Éste es motivo de alegría.

En **Los Hechos 16:1-10** vemos a Pablo sujetando innecesariamente a Timoteo al dolor de la circuncisión para que su ministerio fuera aceptable a los judíos que aún estaban atados a la ley. Pero aunque sabemos que los apóstoles estaban preparados para soportar la persecución por predicar el Evangelio (ve Los Hechos 4:18-33; 14:8, 19-21), el “Espíritu Santo les había impedido” predicar en ciertos lugares – supuestamente porque Dios sabía que ahí no serían aceptados. Los cristianos no buscan la persecución ni tampoco dejan que los disuada; simplemente siguen al Espíritu Santo sin importarles las consecuencias. Éste es el principio que guía el testimonio profético. Ya sea que seamos aceptados o rechazados, alabados o perseguidos: “*Aclama al Señor, tierra entera*” (compara Filipenses 1:12-22; y 2Timoteo 4:1-9).

En **San Juan 15:18-21** Jesús nos dice que ser rechazados por la gente puede ser una señal de que estamos unidos a Cristo: “Si el mundo los odia, sepan que antes me ha odiado a mí. Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya. Pero como no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué de él, el mundo los odia”.

Por supuesto que puede haber otras razones para que nos rechacen. Los cristianos – y más comúnmente los clérigos, por su estado público y su alta visibilidad – pueden ser odiados a causa de su arrogancia, injusticia o hipocresía. San Pedro previno a los primeros cristianos: “Que nadie tenga que sufrir como asesino, ladrón, malhechor o delator. Pero si sufre por ser cristiano, que no se avergüence y glorifique a Dios por llevar ese nombre” (1San Pedro 4:14-16). Como *profetas*, no tratamos de llamar la atención dejando que nos apedreen (la desobediencia civil es otro asunto); solamente estamos tratando de vivir el mensaje de Jesús de forma más auténtica. Y no importa cómo responda la gente a este mensaje, perseveraremos en la paz y el amor. Mientras estemos unidos a Cristo, ya sea en su sufrimiento o en su gloria, “*Aclama al Señor, tierra entera*”.

Iniciativa: Sé un profeta. Da testimonio de la Resurrección viviendo el Evangelio sin miedo, sin importar las consecuencias.

Domingo VI de Pascua (Año A)

Vive el Poder del Espíritu

INVENTARIO

En este momento, ¿qué es lo que más me alegra en la vida? ¿Se trata de algo que me hace decirle a Dios: “¡Qué admirables son tus obras!”?

ALIMENTACIÓN

Toda la liturgia habla sobre la alegría. La Antífona de Entrada comienza diciendo: “Con voz de júbilo anúncielo...”. La Oración Colecta comienza diciendo: “Concédenos, Dios todopoderoso, continuar celebrando con amor y alegría...”. Y el Salmo Responsorial nos exhorta diciendo “Aclama al Señor, tierra entera... Alegrémonos con Dios” (Salmos 66). Y ¿Por qué? Por el poder maravilloso que Dios ha usado por nosotros: “el Señor ha redimido a su pueblo”; por “la victoria de Cristo resucitado”; porque por la predicación de la Buena Nueva “muchos poseídos... parálíticos y lisiados quedaban curados”. En mi vida, ¿Qué liberación, cura o habilitación puedo atribuir al hecho de que Jesús ha resucitado de entre los muertos?

El Don del Espíritu

En **Los Hechos 8:5-17** la corona de la conversión es el *don del Espíritu Santo*. En el Evangelio de San Lucas, el Espíritu Santo obra la concepción de Jesús en el vientre de María (1:35) y este don distingue el bautismo de Juan Bautista del Bautismo que Jesús nos da (3:16). En el Evangelio de San Juan, Jesús declara que nadie entra al reino de los cielos sin él (3:5). El Espíritu es el gran don del Padre para aquellos que creen (14:16). El don del Espíritu es el fruto de la resurrección de Jesús y encomienda a la Iglesia a continuar la misión de Jesús y a perdonar los pecados (20:19-23). En Los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu otorga el poder de proclamar la Buena Nueva a todo el mundo y de dar testimonio de Jesús como profetas (1:8; 2:17-18). Recibir el Espíritu era una prueba de fe (10:47) y se manifestaba con alegría (13:52) – una alegría “en el Espíritu Santo” que, junto con la esperanza, el amor y la paz, es una característica del reino (Romanos 14:17; 15:13; Gálatas 5:22), aún a pesar de la persecución (1 Tesalonicenses 1;6). San Pablo apela a la experiencia que vivieron los Gálatas al recibir al Espíritu Santo para presentar su caso contra la dependencia de la ley (Gálatas 3:2-5). Claramente, experimentar conscientemente la *alegría en el Espíritu* es un elemento constitutivo de una vida auténticamente cristiana. Debe guiarnos a que entonemos: “*Aclama al Señor, tierra entera*”.

Compromiso de Vida:

1San Pedro 3:15-18 nos dice: “Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen”. Obviamente, si vivimos como *profetas* – o sea, de una forma que no tiene sentido sin el Evangelio – es porque hemos fijado nuestros corazones en algo que está más allá de las promesas de este mundo. Cuando nuestro estilo de vida o nuestra conducta hacen que la gente no pregunte el por qué, debemos de estar preparados para contestar – y no sólo con verdades abstractas o doctrinas de fe. Debemos de ser capaces de contestar de alguna manera que cite nuestras *experiencias*. La experiencia que

nos faculta para hacer esto es la alegría de experimentar al espíritu Santo que nos faculta desde nuestro interior.

Recuerda que San Pablo basó su argumento contra el legalismo en la experiencia que vivieron los Gálatas al recibir al Espíritu Santo. No argumentó encaminándose *hacia* esa experiencia; sino *partiendo de ella* (Gálatas 3:2-5). De la misma manera, nosotros debemos de ser capaces de basar nuestra esperanza de resurrección en nuestra experiencia de vivir aquí y ahora de acuerdo al Espíritu de Dios.

No estamos hablando de experiencias extrañas y “místicas”: de sentimientos abrumadores o sensaciones inexplicables. No, estamos hablando de *decisiones* que experimentamos cuando las tomamos con confianza y valor, sabiendo que ningún conocimiento o experiencia meramente humanos las podría justificar – decisiones basadas en la fe; decisiones basadas en la confianza que tenemos en las promesas de Dios; decisiones donde claramente tomamos la opción de amar a Dios más que a cualquier otra cosa en el mundo. Estas decisiones no necesariamente nos ocasionan *sentimientos* de certeza absoluta, o de confianza audaz; ni siquiera de una devoción apasionada. Es simplemente que las decisiones no se pueden explicar a menos de que sus fuentes y sus bases sean la *certitud*, la *confianza* y la *devoción* que otorga la gracia (divina) (ya sea como algo que sentimos o como algo que está presente en nosotros principalmente ¡en forma de una dolorosa consciencia de su ausencia!). *Sabemos* que creemos, confiamos y amamos porque nos hayamos *actuando* a causa de la fe, la esperanza y el amor. Nosotros experimentamos al Espíritu Santo como “la condición para la posibilidad” del camino que decidimos vivir. Y muy profundamente, más profundamente que los sentimientos y que el pensamiento consciente y racional, sabemos que vivimos la verdad y el amor. Experimentamos más certeza cuando la persecución, la aridez y las dudas se llevan toda motivación humana por vivir una vida cristiana. En la ausencia de lo humano, somos confirmados en nuestra experiencia de lo divino.

“Ustedes... lo conocen...”

En **San Juan 14:15-21** Jesús no sólo promete enviar al Espíritu a nuestros corazones; también nos dice cuál es el fruto de su presencia: “Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes... ustedes sí me verán, porque yo vivo y también ustedes vivirán. Aquel día *comprenderán* que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes”. Ésta es la fuente de nuestra alegría.

Él nos promete que experimentaremos, de alguna manera, a las Tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y ¿cómo será esto? Por medio del *amor*: “el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él”. Al amar a Dios experimentamos su amor. Los que deciden vivir en el amor experimentarán a Dios que ama en ellos. Y ellos unirán sus voces a las que entonan: “*Aclama al Señor, tierra entera*”.

VISIÓN

¿No es verdad que yo experimento mi fe, no sólo como una opinión, y no sólo como algo que me enseñaron, sino como algo que sé – aún cuando tenga dudas?

INICIATIVA

Deja que el Espíritu te mueva para encontrar tu alegría en el amor. Haz que el amor por Dios sea la causa consciente de todo lo que haces y que en todo lo que haces ames conscientemente a la gente. Éste es el secreto de la alegría.

LUNES

Semana VI de Pascua

El Salmo Responsorial nos dice lo que siente Dios por nosotros: “*El Señor ama a su pueblo*” (Salmos 149). Debemos aceptarlo y regocijarnos.

En **Los Hechos 16:11-15** una mujer a quien los misioneros acababan de conocer, Lidia, los invita a quedarse en su casa: “Si ustedes consideran que he creído verdaderamente en el Señor, vengan a alojarse en mi casa”. Y los apóstoles así lo hicieron.

Este evento nos recuerda la promesa de Jesús: “El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; *iremos a él y habitaremos en él*” (San Juan 14:23).

Ésta es una clara ratificación del Salmo Responsorial: “*El Señor ama a su pueblo*”. Pero, ¿puedes creer que el Señor te ama a ti personalmente y que se alegra de habitar en tu corazón? o, ¿crees que sólo está ahí porque “tiene que estar”, porque es su deber como Dios y como Salvador, lo mismo que algunos van a Misa sólo porque “tienen que ir”?

En realidad, aquellos que van a la iglesia por un sentido de obligación son más propensos a pensar que Dios habita en sus corazones por la misma razón. Si no lo *amamos*, se nos hará difícil creer que él *nos ama*. En este caso, algo importante faltará en nuestra relación. No habrá alegría.

San Juan 15:26 al 16:4 no dice que Dios sólo nos ama si *trabajamos* dando testimonio de él. Pero si lo amamos, es seguro que daremos testimonio. Jesús dijo: “el Espíritu de la Verdad que proviene del Padre... dará testimonio de mí”. ¿Por qué? Porque el Espíritu *ha estado con Jesús, Dios Hijo, desde el principio*. Él *conoce* a Jesús, lo ama, *aprecia* tanto lo que él es que no puede evitar dar testimonio. Y Jesús dice lo mismo de sus apóstoles: “Y ustedes también dan testimonio, *porque están conmigo desde el principio*”. Ellos no pueden evitar proclamar la Buena Nueva, el don que Jesús es, y el don que el Espíritu es – porque ellos han experimentado su bondad. Están abrumados por ella; y lo mismo debe pasarnos a nosotros.

¿Qué tal si no nos sentimos abrumados por la alegría de la Buena Nueva y por la alegría de conocer a Jesús y conocer su amor? ¿Qué pasa si no hemos experimentado al Espíritu como un don? ¿Puede ser porque no amamos a Dios conscientemente o porque la Buena Nueva se ha vuelto para nosotros sólo una “religión” en el sentido de un sistema de obligaciones? Si es así, necesitamos *amar* a Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) conscientemente y amar su presencia en nuestros corazones. Tenemos que *recordar*, cantar y celebrar. Cuando demos testimonio a los demás, el Espíritu dará testimonio a nosotros.

Iniciativa: Sé un profeta. Donde no encuentres alegría, pon alegría, y así la encontrarás.

MARTES Semana VI de Pascua

Basándose en la *experiencia*, el Salmo Responsorial declara una base para la esperanza: “*Señor tu derecha me salva*” (Salmos 138).

El temblor que abrió las puertas de la prisión en **Los Hechos 16:22-35** fue una manifestación menor del poder de Dios. La conversión del carcelero fue una manifestación mayor. Dios manifiesta su poder cuando lo usa para lograr su propósito, que es la conversión de la humanidad.

En todas las épocas, cuando la gente no cree en Cristo, o cuando dejan de ser miembros activos de la Iglesia, sentimos la tentación de desalentarnos y dudar. Algunas veces, las estadísticas hacen aparecer a Cristo como un perdedor. En esos momentos es cuando tenemos que ver las cosas desde un panorama más amplio.

En cualquier tiempo o lugar particular, e influenciada por muchos factores, la fe puede florecer o declinar. Las circunstancias humanas (guerras, desastres, pobreza o enfermedad) pueden hacer que algunos sean más receptivos a la Buena Nueva de la salvación. Y las mismas circunstancias pueden inclinar a otros a ignorar la Buena Nueva o a rechazar a Dios. Las circunstancias humanas juegan un papel, pero visto desde un panorama más amplio, es un papel menor.

Puede ser que la gente vaya a Misa o que “profese la fe” porque es algo que su cultura, familia o amigos dan por sentado; o porque están asustados o infelices y buscan el consuelo de Dios. Y puede que dejen de ir a la iglesia por las mismas razones: Porque sus amigos no van, o porque ellos no encuentran el consuelo o la ayuda que buscan. En cualquier caso, esto tiene poca importancia, porque todo lo que se hace por motivos humanos está *fuera* de la relación con Jesucristo. Si van a misa por motivos humanos no es una señal de una interacción con él que se basa en la gracia. Y si dejan de ir, puede significar que tenían fe y la perdieron, pero más probablemente signifique simplemente que nunca tuvieron una fe personal, consciente y real. Dios no ha perdido ni ganado. El juego no se estaba jugando en su terreno. Y es en su terreno donde juega la *gracia*.

En **San Juan 16:5-11** Jesús nos dice que lo que nos demuestra si Dios ha ganado o perdido es la *manifestación del Espíritu*, y no los juicios basados en evidencias humanas. Los seres humanos juzgaron culpable de pecado a Jesús y lo condenaron. Basándonos en las normas humanas, pudiera parecer que su ejecución hizo aparentar que Dios falló al hacer justicia. Pero cuando el Espíritu dio vida a la Iglesia y facultó a sus testigos, vimos que la condena de Cristo fue revertida por una corte mayor, y que se hizo justicia al único nivel que finalmente cuenta: Al nivel de Dios. Las acciones que *son inexplicables sin la gracia* dan testimonio del Espíritu y es lo único que nos hace decir sin ambigüedad: “*Señor tu derecha me salva*”. Esto es lo que nos causa alegría.

Iniciativa: Sé un profeta. Vive una vida sin ambigüedades, basada en una fe, esperanza y amor cristianos.

MIÉRCOLES Semana VI de Pascua

El Salmo Responsorial declara que debemos alabar a Dios tanto por las cosas que vemos en la creación como por las experiencias que vivimos por la gracia: “*Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria*” (Salmos 148).

En **Los Hechos 17:15 al 18:1** San Pablo comienza diciendo a los atenienses que “El Dios que ha hecho el mundo y todo lo que hay en él no habita en templos hechos por manos de hombre” y argumenta que si nosotros somos sus “descendientes”, entonces, como Aratus, un poeta de Cecilia (parte lo que hoy es Turquía, donde se encontraba Tarso, el lugar de nacimiento de San Pablo) escribió: “no debemos creer que la divinidad es semejante al oro, la plata o la piedra, trabajados por el arte y el genio del hombre”. En seguida habló de Dios y llamó a todos a que se “arrepintieran”. Mientras se mantuvo en el plano humano, los atenienses escucharon. Pero cuando dijo que Dios había “acreditado delante de todos [a Jesús], haciéndolo resucitar de entre los muertos” fue demasiado para ellos. “unos se burlaban y otros decían: ‘Otro día te oiremos hablar sobre esto’”. En este momento Pablo entendió el mensaje y se marchó. “Sin embargo, algunos lo siguieron y abrazaron la fe”. Estos fueron capaces de ir más allá de la especulación racional al nivel humano y de comprometerse a Dios en la fe. La fe es una decisión libre de un ser humano, pero se trata de una decisión habilitada por Dios para ir más allá de lo humano y aceptar el don divino de ser partícipes del conocimiento de Dios. No todos están dispuestos a tomar esta decisión.

En **San Juan 16:12-15** Jesús reconoce que aún aquellos que aceptan conocer la verdad por medio de la fe no pueden aceptar inmediatamente todo lo que Dios quiere revelarles. Jesús les dijo a sus discípulos: “Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ustedes no las pueden comprender ahora. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad”.

El condicionamiento cultural al que hemos sido sujetos y las limitaciones de nuestros intelectos humanos hacen que algunas cosas nos sean tan difíciles de entender que nos hacen exclamar, como el hombre del Evangelio, “creo, ayúdame porque tengo poca fe” (San Marcos 9:24). Pedro mismo, inicialmente, no podía creer que la voluntad de Dios era que Jesús fuera crucificado (San Mateo 16:21-23), y esto sucedió *después* de que Jesús lo había alabado por su fe y ¡había decidido hacerlo Papa! Tenemos que estar dispuestos a crecer.

Jesús dice que lo que el Espíritu anunciará es la verdad “porque recibirá de lo mío”. Y Jesús lo recibe del Padre, porque “Todo lo que es del Padre es mío”. Esto significa simplemente que la verdad pertenece inseparablemente a Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y cualquiera que la recibe de la Iglesia la recibe de las Tres Personas de Dios. En otras palabras, es divina, es un misterio y es un don que viene de lo alto: *Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria*”.

Iniciativa: Sé un profeta. No esperes que la gente de poca fe acepten lo que dices o lo que no dices. Debes estar dispuesto a *crecer en* el discernimiento de las cosas que no entiendes.

JUEVES

Semana VI de Pascua

El Salmo Responsorial nos dice: “*El Señor revela a las naciones su victoria*” (Salmos 98). Y esto es algo que, sin que haya “señales y prodigios” dramáticos, podemos ver en las lecturas de hoy.

Los Hechos 18:1-8 nos muestra cómo Pablo vivía en Corinto como un trabajador común y corriente, haciendo tiendas de campaña. Y “todos los sábados, Pablo discutía en la sinagoga”, y trataba de persuadir, tanto a los judíos como a los paganos, que Jesús era el Mesías. Y así logró convencer a algunos. Pero cuando los miembros de la facción judía “lo contradecían y lo injuriaban, sacudió su manto en señal de protesta, diciendo: ‘Que la sangre de ustedes caiga sobre sus cabezas. Yo soy inocente de eso; en adelante me dedicaré a los paganos’”. Así que se fue a vivir con un pagano llamado Ticio Justo y “muchos habitantes de Corinto, que habían escuchado a Pablo, abrazaron la fe y se hicieron bautizar”, entre ellos “Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor, junto con toda su familia”.

En este pasaje vemos cómo Pablo, por el poder de Dios, avanza y logra conversiones “de la manera difícil”, sin usar señales ni prodigios. Ésta es la forma ordinaria de lograrlo, pero no por ello deja de ser una manifestación del poder de Dios. De hecho, hay una revelación aún mayor del poder de Dios cuando la gente acepta la fe basándose únicamente en la gracia y en una predicación y enseñanza ordinarias, sin que medien las motivaciones extraordinarias de los milagros. Éste es el poder que vemos en las acciones y trabajo en la Iglesia de hoy.

San Juan 16:16-20 nos advierte que no debemos pensar que nuestra relación con Jesús nos hará sentir siempre llenos de su presencia evidente, o que hará que nunca nos sintamos desalentados o dudosos. En los principios de la Iglesia, los apóstoles sentían profundamente la ausencia física de Jesús. Por momentos se sentían abandonados, inseguros e inadecuados (ve San Mateo 14:13-21 y 22-34; 15:32-38; San Marcos 6:34-35; San Lucas 9:11-17; San Juan 6:4-5 y 16-21). Pero Jesús les había prevenido: “Dentro de poco, ya no me verán, y poco después, me volverán a ver”. La vida cristiana es una vida de esperanza que está suspendida y sostenida por el *recuerdo* y el *augurio*. Vemos al pasado, recordamos y celebramos todo lo hecho por Cristo en la tierra, especialmente el evento cumbre de su muerte y resurrección. Vemos al futuro, a su regreso triunfante. El presente de los cristianos es una vida transformada por la consciencia del pasado y del futuro. A causa la victoria de Jesús, sabemos que, aún cuando lloremos y nos lamentemos, “el mundo... se alegrará”. Puede ser que sintamos tristeza, “pero esa tristeza se convertirá en gozo”, porque en la muerte y la resurrección de Cristo, “*El Señor revela a las naciones su victoria*”. Y esto es algo que el Señor sigue haciendo.

Iniciativa: Sé un profeta. Reconoce a Jesús cuando trabaja y te ayuda por medio de los demás. Encuéntralo “en la fracción del pan”. Mira con fe al pasado y con esperanza al futuro.

VIERNES Semana VI de Pascua

El Salmo Responsorial nos tranquiliza diciendo que aún cuando las cosas parecen no salir bien: “*Dios es el rey del mundo*” (Salmos 47).

El pasaje en **Los Hechos 18:9-18** nos muestra, contrario a la costumbre, cuando los cristianos fueron ¡protegidos de la persecución! El Señor le dijo a Pablo que no tuviera miedo en Corintio: “Nadie pondrá la mano sobre ti para dañarte”. Y agrega: “en esta ciudad hay un pueblo numeroso que me está reservado”.

En ocasiones tenemos tan presentes a quienes se oponen al cristianismo, o a quienes son indiferentes a la religión, que nos olvidamos que hay mucha gente de nuestro lado. Y Dios los usará para que nos ayuden, tal como nos usa a nosotros para que le ayudemos a él.

No podemos evitar preguntarnos si el procónsul romano, Galión, era uno de los que Jesús llamó mi “pueblo”. Galión se rehusó a perseguir a Pablo. ¿Lo hizo a causa de su filosofía política, o a causa una inspiración divina? Nos hace pensar cuántos de los que no pertenecen a una iglesia, o que profesan no tener fe en Dios o sólo tienen una vaga creencia en él, son en realidad amigos de Jesús sin saberlo. Estos pueden ser los que llamamos “cristianos anónimos”, aquellos que han renacido en la gracia por medio del “bautismo por deseo”. O pueden ser simplemente gente ordinaria con buena disposición a quien Dios está guiando a una entrega total en la fe. El punto es que “*Dios es el rey del mundo*”, y nosotros no debemos de pensar que su influencia está limitada sólo a los que profesamos el cristianismo.

En **San Juan 16:20-23** Jesús nos apremia a que veamos más allá de cualquier dolor o problema causado por nuestra religión y, a que nos enfoquemos en los frutos que ella otorga. “La mujer, cuando va a dar a luz, siente angustia porque le llegó la hora; pero cuando nace el niño, se olvida de su dolor, por la alegría que siente al ver que ha venido un hombre al mundo”. Puede ser que no podamos identificar los beneficios precisos que nuestro sufrimiento particular dé al mundo (o a nosotros) pero sabemos que, en nosotros y a través de todos nosotros que somos miembros de la Iglesia, Cristo se encarna constantemente en el mundo, resucitando de entre los muertos para vivir en nosotros, formándose, “llegando a su plenitud” en nosotros y en el mundo (ve Efesios 4:13; Romanos 8:18-23; Gálatas 4:19). Éste es nuestro trabajo en la Iglesia: hacer que Cristo viva en el mundo; darle nuestros cuerpos como un “sacrificio vivo” (Romanos 12:1), para que con nosotros, en nosotros y a través de nosotros pueda continuar su presencia y su misión en la tierra. Éste es el propósito y la pasión de nuestras vidas que hacen que los dolores y las dificultades carezcan de importancia, la consecuencia que hace que el costo sea inconsecuente. “*Dios es el rey del mundo*”. Y al final, él reinará en todos los corazones.

Iniciativa: Sé un profeta. Encarna a Cristo con valor. Dale tu cuerpo con acciones.

SÁBADO Semana VI de Pascua

El Salmo Responsorial es el mismo de ayer, con otros versos: “*Dios es el rey del mundo*” (Salmos 47).

En **Los Hechos 18:23-28** vemos cómo el poder de Dios obra fuera de las estructuras ordinarias de la Iglesia. Un judío de Alejandría llamado Apolo había llegado a Éfeso. “Era un hombre elocuente y muy versado en las Escrituras. Había sido iniciado en el Camino del Señor y, lleno de fervor, exponía y enseñaba con precisión lo que se refiere a Jesús”. Pero había sido discípulo de Juan Bautista y no uno de los que seguían a Jesús, y “no conocía otro bautismo mas que el de Juan”. No estaba realmente conectado con la comunidad cristiana. Pero Dios lo había inspirado y lo había llamado, y estaba trabajando a través de su ministerio.

Como Pablo, Apolo había sido inspirado y enviado a proclamar a Cristo directamente por Dios, no por la comunidad cristiana o por sus autoridades. Pero tal como Pablo, entró en la comunidad y fue aceptado oficialmente. Cuando Priscila y Aquila, los compañeros de Pablo, lo oyeron hablar, “lo llevaron con ellos y le explicaron más exactamente el Camino de Dios”. Apolo quería ir a Corinto, en Acaya, así que “los hermanos lo alentaron, y escribieron a los discípulos para que lo recibieran de la mejor manera posible. Desde que llegó a Corinto fue de gran ayuda, por la gracia de Dios, para aquellos que habían abrazado la fe”.

En ocasiones, los laicos católicos se restringen, pensando que para predicar, enseñar o mantener discusiones sobre religión o sobre las Escrituras, deben de estar aprobados formalmente y enviados por el clero. Esto es equivalente a negar su consagración bautismal y su mandato a continuar la misión de Jesús como Profeta, Sacerdote y Rey. “*Dios es el rey del mundo*”, y él inspira y envía a quién él desea. La aprobación oficial del pastor o del obispo sólo se requiere para los ministerios que se conducen en la propiedad de la iglesia o que se llevan a cabo oficialmente en el nombre de la parroquia o de la diócesis. Naturalmente, si alguien empieza a enseñar erróneamente o a conducir erróneamente a la gente, el obispo puede y debe intervenir para preservar la unidad.

En **San Juan 16:23-28** Jesús nos dice que pidamos “en mi Nombre”. Jesús dice: “Pidan y recibirán, y tendrán una alegría que será perfecta”. Tenemos que saber que estamos en contacto directo con Jesús, que tenemos acceso inmediato a él. Actuamos como su instrumento, como su cuerpo en la tierra. Él actúa con cada uno de nosotros y a través de cada uno de nosotros con un poder imponente. Pero lo que más nos anima y nos fortalece es saber que estamos en una *relación de amor* con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. “Él mismo [el Padre] los ama, porque ustedes me aman y han creído que yo vengo de Dios”. Ésta es la fuente de nuestra confianza y nuestra alegría.

Iniciativa: Sé un profeta. Sigue al Espíritu Santo. Haz lo que te inspire a hacer.

La Fiesta de la Ascensión (Año A) **(El jueves después del domingo VI – o reemplaza el domingo VII)**

“Listo para Empezar”

INVENTARIO

¿Qué significa para mí que Jesús haya ascendido al cielo? ¿Tiene este hecho alguna influencia en mi vida? ¿En las decisiones que tomo hoy?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada nos dice que dejemos de mirar “al cielo” porque Jesús, tal como se fue, regresará. En la Oración Colecta pedimos que “a donde llegó él, nuestra cabeza, tenemos la esperanza cierta de llegar nosotros”, y dice que su ascensión es nuestra alegría y “nuestra victoria”. El Salmo Responsorial simplemente pide que celebremos: “*Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya*” (Salmos 47).

¡Éstas son demasiadas cosas para tratarlas todas al mismo tiempo! Juntos, estos textos nos llaman a *esperar* “la *venida gloriosa* de nuestro Salvador, Jesucristo” (del Rito de la Comunión de la Misa). Pero ésta es una espera *activa*: No nos sentamos a esperar que llegue: Somos *enviados* para *lograr* que esto ocurra. Estamos “listos”.

El Reino de Dios

Los Hechos 1:1-11 nos dice que después de su resurrección, Jesús se apareció a sus apóstoles durante cuarenta días y “les habló del Reino de Dios”. No sabemos qué fue lo que les dijo, pero los apóstoles parecen no haber entendido, porque justo antes de que Jesús ascendiera al cielo aún pensaban que ¡iba a instalar un gobierno en Israel apoyado por el poder divino! “¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?”.

Jesús no respondió; se limitó a decirles que “esperaran la promesa del Padre”, que esperaran a ser “bautizados en el Espíritu Santo”, que esperaran “la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes”. Y entonces “serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”.

El reino se iba a establecer por medio del poder divino, pero a través del trabajo aportado por la humanidad, a través de su debilidad. Sería el poder del Espíritu Santo que los iba a iluminar y los motivaría; un Espíritu, no de coerción y fuerza, sino de conversión a través de la verdad y el amor.

Esto debió haberles dicho que para establecer el reino de Dios en los corazones de todos los hombres ¡iba a tomar mucho tiempo! Cuando oramos: “venga a nosotros tu reino”, oramos: “*hágase* tu voluntad así en la tierra como en el cielo” Cuando todos deseemos verdaderamente que esto se cumpla, el reino de Dios será un hecho.

A la Derecha de Dios:

Efesios 1:17-23 nos dice que en el calendario de Dios, Jesús ya está reinando. Dios “lo hizo sentar a su derecha en el cielo, elevándolo por encima de todo Principado, Potestad, Poder y

Dominación... tanto en este mundo como en el futuro. Él puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por encima de todo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo y la Plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas". Esto es lo que nos dice la Ascensión: en Jesús "*Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya*". El hombre con quien los apóstoles comieron, bebieron y recorrieron los caminos polvorientos, el hombre que vieron crucificado en su debilidad, ahora está sentado a la derecha del Padre en toda su gloria, y tiene todo el poder *ahora* y para siempre. San Pablo escribió esto para "que él ilumine sus corazones", y "para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados... y la extraordinaria grandeza del poder con que él obra en nosotros, los creyentes, por la eficacia de su fuerza". "*Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya*". Nuestra alegría es la alegría de nuestra *esperanza*.

"Vayan, Entonces..."

Necesitamos tener esperanza, una esperanza inquebrantable, porque en **San Mateo 28:16-20** Jesús dice a los apóstoles y a nosotros: "Vayan, entonces, y *hagan que todos los pueblos sean mis discípulos*, bautizándolos... y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado".

¡Ésta no es una empresa modesta! Pero Jesús nos habilita con estas palabras: "Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra... Y yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo". Jesús ascendió, no para abandonarnos, sino para permanecer con nosotros y en cada miembro de su cuerpo en la tierra, que es animado por su Espíritu. Con nosotros, en nosotros y a través de nosotros, Jesús continúa recorriendo "todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias" (San Mateo 4:23; 9:35). Éste es su ministerio. Él lo continuará en su cuerpo, la Iglesia, hasta que el reino de Dios sea establecido en todos los corazones que lo acepten. Él "de nuevo vendrá", y su triunfo se manifestará en la gloria emergente de su cuerpo, su gloria se manifestará y brillará en la belleza diversa de todos y cada uno de los miembros de la humanidad que se han vuelto vasos de la vida y el amor de dios.

Jesús asciende para hacer que todo esto sea posible. Asciende para enviar al Espíritu Santo. La Iglesia profesa su fe y esperanza en la oración: "Señor, envía tu Espíritu y *renueva la faz de la tierra*". Esto es lo que celebramos: "*Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya*".

VISIÓN

¿Te inspira ahora la Ascensión de Jesús a dejar que viva y continúe en ti su trabajo? ¿Te alienta su promesa del Espíritu Santo? ¿Te motiva a tomar decisiones?

INICIATIVA

Decídate a permitir que Cristo crezca "a su plenitud" en ti (Efesios 4:13), y dedícate a llevar un estilo de vida que de testimonio, para que puedas ayudar a que Cristo alcance su plenitud a través de la humanidad.

Domingo VII de Pascua (Año A)

Espíritu y Carne

INVENTARIO

En la Antífona de Entrada no sólo decimos que nuestro corazón nos lleva a buscar la faz del Señor, sino que declaramos positivamente a Dios que la buscamos y le pedimos que no nos la oculte. ¿Hago estas dos declaraciones en forma personal? o ¿ Sólo las estoy repitiendo porque están “en el libro”? ¿Cómo busco la “faz de Dios”? ¿Siento que en el mundo en que vivimos la gloria de Dios está “oculta” a mí, o la busco constantemente? ¿Dónde? ¿Cómo?

ALIMENTACIÓN

En la Oración Colecta afirmamos que Cristo vive en la gloria de Dios, pero que también prometió permanecer con nosotros hasta el fin de los tiempos. Ambas declaraciones las verificamos cuando vemos a Cristo “glorificado” y visible en la tierra. Entonces las palabras del *Gloria* que rezamos durante la Misa “Te alabamos... te glorificamos”, toman el significado de una experiencia personal. Cuando cantamos en el Salmo Responsorial: “Espero gozar los bienes del Señor en la tierra de los vivos” (Salmos 27), lo que queremos decir veremos la gloria de Dios tanto aquí en la tierra – en la “comunidad de los vivos” como en el cielo.

Apóstoles y Profetas

Los Hechos 1:12-14 pone énfasis en presentarnos un listado de los nombres de los Doce Apóstoles originales (a excepción de Judas) que Jesús había elegido. El motivo es que ellos eran testigos únicos de Jesús.

Primero, tenían que ser doce para mostrar que la iglesia era la continuación del Pueblo Elegido, las doce tribus de Israel. En su visión del “fin de los tiempos”, San Juan nos reporta que el Ángel le dijo: “Ven que te mostraré a la novia, a la esposa del Cordero”. “Me llevó en espíritu... y me mostró la Ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios... Estaba rodeada por una muralla de gran altura que tenía doce puertas... sobre ellas... estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel... La muralla de la Ciudad se asentaba sobre doce cimientos, y cada uno de ellos tenía el nombre de uno de los doce Apóstoles del Cordero” (Apocalipsis 21:9-12).

Jesús eligió doce apóstoles para que fueran la base de su Iglesia. Es por esta razón que, después de la Ascensión, el primer acto de Pedro como cabeza de la Iglesia fue pedir un doceavo testigo para remplazar a Judas.

Pero los Doce también tenían que ser testigos históricos y respecto al sustituto dijo: “Es necesario que uno de los que han estado en nuestra compañía durante todo el tiempo que el Señor Jesús permaneció con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día de la ascensión, sea constituido junto con nosotros testigo de su resurrección” (Los Hechos 1:21-22). Aún ahora, para ser plenamente un testigo auténtico de Jesús, uno tiene que estar en continuidad histórica con la comunidad de aquellos que lo conocieron durante su vida en la tierra, y de ser aceptado y aprobado por ellos.

San Pablo no hubiera calificado como uno de los Doce, porque él no conoció a Jesús antes de su resurrección. Y por esto, Pablo, aunque ya había sido bautizado y ya tenía tres años de predicar, fue a Jerusalén a “visitar a Pedro”, y se quedó “con él quince días”. Y luego, después de catorce años, “en virtud de una revelación divina” regresó a Jerusalén con Bernabé y Tito, sus compañeros, para sostener una junta privada con “los dirigentes”. En este momento, dice: “les expuse el Evangelio que predico entre los paganos, en particular a los dirigentes, para asegurarme que no corría o no había corrido en vano”. Y fue aprobado: “Por eso, Santiago, Cefas y Juan –considerados como columnas de la Iglesia – reconociendo el don que me había sido acordado, nos estrecharon la mano a mí y a Bernabé, en señal de comunión, para que nosotros nos encargáramos de los paganos y ellos de los judíos” (Gálatas 1:18, 2:1-9).

La Iglesia que San Pablo ayudó a establecer estaba edificada, y lo sigue estando, “sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo” (Efesios 2:20). Los apóstoles son el eslabón con el Jesús histórico. Pero los profetas son la prueba de que Jesús resucitado está vivo y sigue hablando en la Iglesia de hoy, a través de su Espíritu. Ambos son esenciales. Por este motivo, Jesús dice a los discípulos, antes de su Ascensión: “que no se alejaran de Jerusalén y esperaran la promesa del Padre... recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes” (Los Hechos 1:4-8). Y es por esta razón que la lectura de hoy, después de escuchar los nombres de los apóstoles, los presenta reunidos en una sala del segundo piso dedicados “a la oración”.

Cristo en ti, la Esperanza de Gloria

San Juan 17:1-11 nos dice que Jesús ha sido “glorificado” en nosotros. Esto significa que su “gloria”, su grandeza, su bondad, y su triunfo como Mesías y como Salvador del mundo se hace evidente en nosotros. Nosotros somos la prueba visible de que él es quien dijo ser.

Nosotros glorificamos a Jesús del mismo modo que él glorificó al Padre. Jesús dijo: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste”. Nosotros glorificamos a Jesús haciendo el trabajo que nos ha encomendado. Y ese trabajo se convierte en algo específico a través de nuestra consagración bautismal: Durante el Bautismo fuimos consagrados para cumplir la triple misión de Jesús como Profeta, Sacerdote y Rey. Nosotros lo glorificamos porque cuando hacemos su trabajo, se pone en evidencia que Jesús ha resucitado y se encuentra vivo y haciendo el trabajo él mismo – con nosotros, en nosotros y a través de nosotros.

Jesús fue específico al describir el trabajo que el Padre le había encomendado. Era dar “Vida eterna” a todos los que el Padre le había dado. Nuestro trabajo en la tierra es ser instrumentos por medio de los cuales Jesús continúa dando “Vida eterna”, que es el don de compartir en la vida divina de Dios.

Y “Ésta es la Vida eterna:”, dijo Jesús, “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu Enviado, Jesucristo”. Su trabajo era manifestar: “tu Nombre a los que separaste del mundo para confiármelos”. Jesús vivió para dar cumplimiento al primer motivo por el que nos enseñó a rezar: “Padre, ¡santificado sea tu nombre!”. La prioridad número uno de esta vida, el deseo más grande de su corazón, era que el Padre debería de ser conocido, apreciado y

amado. Para los hombres ésta es la salvación: “Ésta es la Vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero”.

Jesús dio a conocer al Padre al encarnar en sí mismo la vida, la verdad y la bondad del Padre. Jesús “exclamó” a sus incrédulos oyentes: “el que me ve, ve al que me envió” (San Juan 12:45). Y a Felipe, que dijo, “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta”, le contestó, “Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conocen? El que me ha visto, ha visto al Padre” (San Juan 148-9). Para que glorifiquemos a Jesús, los demás tienen que verlo en nosotros, vivo y manifiesto en las cosas que hacemos. Pero esto significa que nuestras “obras” deben ser claramente imposibles de realizar usando solamente la motivación y el poder humanos. Para glorificar a Jesús necesitamos hacer las cosas que sólo puede hacerse por medio del poder de su Espíritu que actúa en nosotros.

Jesús glorificó al Padre siendo la imagen visible “del Dios invisible” (Colosenses 1:15) y “el resplandor de su gloria” (Hebreos 1:3). Él continúa glorificando al Padre en su cuerpo, la Iglesia. La vida, la verdad, la bondad y la gloria de Dios se hacen visibles ahora en aquellos en quienes el Jesús resucitado continúa actuando visiblemente en la tierra. Jesús dijo de sus discípulos: “Ya no estoy más en el mundo, pero ellos están en él”. Y “en ellos he sido glorificado”. Él se glorifica en nuestras obras.

Jesús dijo de sí mismo: “Créanme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Créanlo, al menos, por las obras”. “El Padre que habita en mí es el que hace las obras”. De sus discípulos dijo: “Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y aún mayores”. Jesús obrará en ellos y a través de ellos: “yo haré todo lo que ustedes pidan en mi Nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”. Glorificamos al Hijo haciendo su vida visible en nosotros. San Ireneo dijo: “el hombre que vive es gloria de Dios, pero la vida del hombre consiste en la visión de Dios” – siempre y cuando la vida que manifestamos no pueda explicarse, excepto por la “gracia de nuestro Señor Jesucristo” que ha resucitado y vive su vida divina en nosotros.

Jesús dijo: “Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero... porque yo vivo y también ustedes vivirán”. Y podría haber agregado: “Y el mundo me verá en ustedes”. “Aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes” (ve San Juan 14:10-20). Dios ha elegido dar a conocer a través de nosotros cuanta “riqueza y gloria contiene para los paganos este misterio, que es Cristo entre ustedes, la esperanza de la gloria” (Colosenses 1:26-27). Éste es el significado de ser profeta.

La Gloria del “Amor Eterno”

1San Pedro 4:13-16 nos alienta a alegrarnos “en la medida en que puedan compartir los sufrimientos de Cristo. Así, cuando se manifieste su gloria, ustedes también desbordarán de gozo y de alegría”. El hecho es que su gloria ya se ha manifestado – aquí y ahora – en aquellos que “son ultrajados por el nombre de Cristo”. Cuando esto ocurra, dice San Pedro, serán “Felices... porque el Espíritu de gloria, el Espíritu de Dios, reposa sobre ustedes” – y se hace visible en su “amor eterno”: siempre y cuando, por supuesto, no sea que estén sufriendo por ser “asesino, ladrón, malhechor o delator”, sino visiblemente a causa de la fe y del amor de Dios. “Si sufre por ser cristiano, que no se avergüence y glorifique a Dios por

llevar ese nombre”. Y sepan que están dando gloria a Cristo al permitir que manifieste su Espíritu en ustedes.

VISIÓN

¿Qué deseos, objetivos o valores percibes en ti mismo que sólo la gracia de Dios puede explicar?

INICIATIVA

Glorifica a Jesús como profeta. Únete diariamente a Dios en la oración; y lo que experimentes, exprésalo visiblemente en tus acciones.

LUNES

Semana VII de Pascua

El Salmo Responsorial es una celebración de la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte (y sobre todas las consecuencias del pecado, incluyendo la principal de ellas que es la muerte): “*Reyes de la tierra, cantad a Dios*” (Salmos 68).

Los hechos 19:1-8 deja en claro la diferencia entre el bautismo de Juan, que es un gesto de arrepentimiento humano, y el Bautismo sacramental, que es un acto divino de regeneración. La clave de la diferencia está en un *misterio*.

Ambos bautismos son gestos humanos, expresiones humanas de “arrepentimiento”, de un “cambio de mentalidad”. Ambos son actos humanos de compromiso. Y Dios inspira y bendice todas las expresiones por las que le respondemos.

Pero el Bautismo sacramental es un misterio de transformación – no sólo al nivel de decisión humana y de dirección en la vida, sino al nivel de la vida misma, una transformación de nuestro *ser*. Por el Bautismo sacramental somos incorporados a Jesucristo. Nos hacemos miembros del cuerpo de Dios Hijo. Como lo expresó San Agustín: nos convertimos “en Cristo”. Y esto nos convierte en lo que él es: hijos de Dios Padre, *fili in Filio*, “hijos e hijas en el Hijo”. Y la tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, se derrama en nuestros corazones para que “esté siempre con” nosotros (San Juan 14:16). El Bautismo Sacramental – Bautismo “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (San Mateo 28:19) es un misterio de Dios quien actúa con poder divino para hacernos partícipes de su propia vida divina y eterna. Esto es la “gracia”: El “favor” de ser partícipes de la vida divina de Dios. Por medio de la gracia nos convertimos en seres, no sólo humanos, sino divinos.

Éste es un “misterio”, una verdad que nuestras mentes humanas no pueden entender completamente, pero que vamos entendiendo poco a poco: una verdad que “nos invita a una exploración perpetua”. Recibimos el Espíritu Santo, el “Espíritu de la Verdad”, como una guía rumbo a un entendimiento cada vez mayor. Jesús prometió: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho” (San Juan 14:16, 26; 15:26). Éste es el fruto de la victoria de Cristo en la cruz: “*Reyes de la tierra, cantad a Dios*”.

San Juan 16:29-33 nos llama a que, aún en nuestras horas más oscuras, creamos en esa victoria. Jesús tuvo que hacerlo cuando sus discípulos se dispersaron, dejándolo solo. Lo que lo sostuvo fue su convicción. “Pero no, no estoy solo, porque el Padre está conmigo”. Y Jesús está con nosotros, aún cuando nos sentimos abandonados y solos. Ésta es nuestra línea de salvación cuando sentimos dudas y pasamos dificultades: “En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: *yo he vencido al mundo*”. “*Reyes de la tierra, cantad a Dios*”, ¡Cristo ha vencido!

Iniciativa: Sé un profeta. Vive y actúa conscientemente como el cuerpo resucitado de Cristo.

MARTES Semana VII de Pascua

El Salmo Responsorial continúa con el Salmo de ayer, enfatizando que Dios nos salva y nos cuida. La respuesta es la misma: “*Reyes de la tierra, cantad a Dios*” (Salmos 68).

En **Los Hechos 20:17-27**, San Pablo nos rinde cuentas de su ministerio a sabiendas de que va rumbo a la muerte. Y recuerda: “Ya saben cómo me he comportado siempre con ustedes desde el primer día que puse el pie en la provincia de Asia... He servido al Señor con toda humildad... en medio de las pruebas a que fui sometido...” y “Ustedes saben que no he omitido nada que pudiera serles útil: les prediqué y les enseñé tanto... a judíos y a paganos a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesús”. Y al concluir diciendo: “poco me importa la vida, mientras pueda cumplir mi carrera y la misión que recibí del Señor Jesús”, nos está dando la clave de toda vida cristiana: vivimos para que Cristo viva en nosotros. Vivimos solamente para continuar su misión a través de todo lo que hacemos. Ésta es nuestra única razón de vivir. Tenemos que “morir” a todo lo demás para poder vivir únicamente como el cuerpo resucitado de Jesús: “*Yo estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*” (Gálatas 2:19-20); Romanos 12:2, 14:7-8; 1 Corintios 7:29-31; 2 Corintios 5:14-21; Colosenses 3:1-5; Filipenses 1:20-24).

Esto, que suena como algo muy radical, es algo que se sintetiza en el Primer Mandamiento (Deuteronomio 6:5; San Mateo 22:37). Sin embargo, el Mandamiento estaba basado en la Alianza, mientras que nuestro compromiso fluye de nuestra *identificación con Cristo* a través del Bautismo. En este mundo, la vida auténticamente cristiana se vive solamente para *ser Cristo* y para continuar su misión y definitivamente para nada más. En lo que concierne a nuestra gratificación personal, nos relacionamos con todo lo que poseemos y con todas las personas que conocemos como si ya estuviéramos muertos (San Mateo 19:21; 10:37-39; 13:44-46; San Lucas 14:26). Vivimos para que Cristo viva en nosotros; eso es todo. Y Cristo vive en nosotros sólo para servir y para salvar. Esa era la vida de San Pablo. Y así es la nuestra. Es una vida gloriosa. “*Reyes de la tierra, cantad a Dios*”.

San Juan 17:1-11 nos presenta cuando Jesús, antes de morir, daba al Padre lo mismo que San Pablo dio a los Efesios: un recuento de su ministerio. “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste... Manifesté tu Nombre a los que separaste del mundo para confiármelos... y ellos fueron fieles a tu palabra”. Y pide al Padre: “glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti”. Jesús es “glorificado” – la verdad y el valor de su vida, y la victoria de su derrota en la muerte son puestas en manifiesto – a través de la presencia evidente y del poder de su vida en sus discípulos: “en ellos he sido glorificado”, Nosotros glorificamos a Jesús al permitirle vivir y trabajar en nosotros sin restricciones ni reservas. Esto es lo que significa ser *profeta*: Encarnar visiblemente a Cristo, ser un testigo verosímil de Jesús resucitado, encarnar sus palabras por medio de acciones.

Iniciativa: Sé un profeta. Vive sólo para que Cristo viva en ti.

MIÉRCOLES

Semana VII de Pascua

Las lecturas expresan la preocupación que Jesús y San Pablo tenían por la protección del rebaño después de su partida. Como respuesta, el Salmo Responsorial cita los vastos versos del Salmo de ayer, enfatizando el poder de Dios, e invitándonos de nuevo: “*Reyes de la tierra, cantad a Dios*” (Salmos 68).

En **Los Hechos 20:28-38** San Pablo advierte a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso que “Aun de entre ustedes mismos, surgirán hombres que tratarán de arrastrar a los discípulos con doctrinas perniciosas”. Parra ayudarlos a desenmascarar a estos “lobos rapaces”, les recuerda que se puede creer en sus propias enseñanzas a causa de su estilo de vida: “no he deseado ni plata ni oro ni los bienes de nadie” y “con mis propias manos he atendido a mis necesidades y a las de mis compañeros”. San Pablo les mostró por medio del *ejemplo* que “trabajando duramente, se debe ayudar a los débiles, y que es preciso recordar las palabras del Señor Jesús: ‘La felicidad está más en dar que en recibir’”.

El auténtico testimonio cristiano se basa en el ejemplo de vivir la palabra de Cristo por medio de acciones. Y esto es lo que sostiene la fe de la comunidad. El Papa Paulo VI fue enfático: “el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana”, una vida en unión con los demás, en una “comunidad que nada debe interrumpir”. Tenemos que resistir las influencias divisivas de aquellos que se encierran en sí mismos y se separan de la Iglesia como si fueran los únicos creyentes genuinos. Los cristianos auténticos valoran la unión con la Iglesia - la jerarquía, el clero y los laicos – sobre todas las cuestiones particulares, sin importar lo emocional que éstas sean. Su vida es de tipo comunal pero no como si se tratara de un clan: “a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites”.

Paulo VI profetizó cuando escribió: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”. Más específicamente dijo: “Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad” (La Evangelización en el Mundo Contemporáneo, #41).

En **San Juan 17:11-19** Jesús da por hecho que sus discípulos estarán en desacuerdo con su cultura: “el mundo los odió porque ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”. No podemos ser profetas y conformistas al mismo tiempo. Los testigos, dice Paulo VI, irradian “su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles” (Ibíd. #21). Esto es ser un *profeta*.

Iniciativa: Sé un profeta. Arregla tu vida de forma que no tenga sentido para la gente de nuestra cultura; de forma que sólo se pueda explicar a través de los Evangelios.

JUEVES

Semana VII de Pascua

El Salmo Responsorial enfoca la esperanza donde debe de estar: “*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti*” (Salmos 16).

Los Hechos 22:30 al 23:11 nos presenta el cumplimiento de la predicción de Jesús: “¿Piensan ustedes que he venido a traer la paz a la tierra? No, les digo que he venido a traer la división. De ahora en adelante, cinco miembros de una familia estarán divididos, tres contra dos...” (San Lucas 12:51-53). Pablo causó división en el concejo que lo juzgaba, tal como Jesús había dividido a la multitud que lo escuchaba (ve San Juan 7:40-46). Y los profetas causan división (San Mateo 10:16-36). En los principios de la Iglesia San Pablo era el punto focal de la división entre los miembros de la secta de los fariseos, quienes insistían en la ley, y aquellos que estaban abiertos al Espíritu y se regocijaban en los frutos de la predicación de los misioneros a los gentiles (ve Los Hechos 11:1-3; 15:1-5).

No obstante, lo que nos muestra esta lectura es que, frecuentemente, el profeta no es aceptado por las facciones de la Iglesia porque no habla como miembro de un partido, sino como alguien que es leal sólo a Dios y a la Iglesia como un todo. Los profetas no están comprometidos a tomar una postura “liberal” o “conservadora”. Y no descartan a los demás tachándolos de “conservadores”, “liberales” o de cualquier otra cosa. El profeta está comprometido a afirmar la verdad en quien o quienes hablan con ella, sin preguntarles de qué “lado” están. Pero esto es algo raro entre la gente. Así que cuando Pablo mencionó la resurrección, los fariseos lo apoyaron, no porque estaban *con* él, sino porque estaban *contra* los saduceos. Pero su apoyo no duró mucho, y los verdaderos profetas no se confían en el apoyo de una facción de la Iglesia, sino sólo en Dios: “*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti*”.

En **San Juan 17:20-26** Jesús ora por la unidad de la Iglesia. Reza por ella porque sabe que mientras en la Iglesia haya gente que responda al Espíritu, habrá otros que se opondrán a él. No es difícil mantener unida a una Iglesia muerta: la guerra civil nunca brota en un cementerio. Pero en una Iglesia viva siempre hay cambio constante, y el cambio, inevitablemente causa división. Así que Jesús no reza por la unidad de los inertes, sino por la unidad de los vivos que responden al Espíritu: “para que sean uno, como nosotros somos uno – yo *en* ellos y tú *en* mí – para que sean perfectamente uno”² – esto es, una unidad, no de conformidad, sin de mente, voluntad y corazón que se sostiene por medio de la oración, el dialogo y la respuesta al Espíritu Santo.

Iniciativa: Sé un profeta. Evita las facciones. Busca la verdad de Dios y de *toda* la Iglesia con sus dos mil años de tradición. Usa la paz del corazón para discernir.

² Para leer el texto de San Juan ve la edición de 1970 de “New American Bible”, que, aunque no es tan literal como la edición de 1986, es inmensamente superior en su claridad, impacto y estilo como una versión a leerse en la iglesia.

VIERNES Semana VII de Pascua

El Salmo Responsorial nos invita a tener confianza: “*El Señor puso en el cielo su trono*” (Salmos 103).

Los Hechos 25:13-21 nos muestra cómo trabaja Dios a través de ciertos eventos para cumplir su propio plan. El rey Agripa dijo que Pablo “Podría ser dejado en libertad, si él mismo no hubiera apelado al Emperador”. Pero el plan de Dios era que Pablo fuera a Roma a dar testimonio. ¿Por qué?

Puede haber sido para que ambos, Pedro y Pablo murieran ahí. San Pedro y San Pablo pudieron haber dividido a la Iglesia en sus inicios. Pedro tenía la “primacía” de la autoridad jurídica en la Iglesia y las “llaves del reino”. Él era *protos*, el “primero” del grupo histórico que Jesús había reunido durante su ministerio en la tierra. Pero Pablo tenía la autoridad que le otorgaba su llamado y su comisión a evangelizar a los gentiles, que venían directamente de Jesús resucitado (Los Hechos 26:16-18).

Él fue resucitado por el Espíritu del Señor resucitado para dar testimonio, sobre todo, de la primacía de una comunión interior de fe y amor, el trabajo perpetuamente nuevo del Espíritu... Ahí tenemos lo que podemos llamar ‘la primacía de Paulo’. Era más bien carismático que institucional. Pablo dio testimonio de la autoridad absoluta y radical de la Palabra sobre todo y todos... Su llamado único muestra cómo la gracia de Dios trasciende todas las instituciones.

Aquí tenemos dos caminos que están destinados a una colisión. Pero Pedro y Pablo permanecieron unidos y murieron en comunión entre ellos en la misma ciudad:

Las dos primacías se reunieron en Roma, mezclándose en la sangre del martirio. Ahí, los ‘testigos gloriosos’ fundieron en comunión el liderazgo de *protos* [Pedro] y la autoridad del profeta [Pablo]. Éste es un privilegio que esta iglesia local recibió, y... su llamado especial: la *comunión* de los testigos de Pedro y de Pablo que le fueron encomendados – grabados en ella, para que se convirtiera en ‘memoria viva’ entre todas las iglesias. Su obispo tendría la responsabilidad de convertirse en guardián y vocero de todo lo que tal privilegio y llamado implican. (Tillard, O.P., The Bishop Of Rome, Glazier, Inc., 1986, páginas 74-117).

Por esta razón el obispo de la iglesia de Roma hereda la función de San Pedro de mantener unida a la Iglesia, fiel a la unidad de la que sus muertes dieron testimonio. El Papa debe escuchar la voz del Espíritu en los profetas, y los profetas deben escuchar la voz de su autoridad.

En **San Juan 21:15-19** Jesús otorga a Pedro, y por lo tanto a todos los obispos y miembros de la Iglesia, el Gran Mandamiento del ministerio pastoral: “*Apacienta mis corderos*”. El objetivo que guía la interpretación y la aplicación de toda regla y norma en la Iglesia debe ser alimentar y nutrir al rebaño, guiarlo a la pastura dadora de vida de la palabra de Cristo y de los sacramentos. Sobre todo, los pastores deben temer el pecado de negarle a alguien la *Eucaristía* sin haber necesidad. Las palabras de Jesús son claras: “*Apacienta mis ovejas*”.

Iniciativa: Sé un profeta como San Pablo: *preserva la unidad* con la Iglesia y los obispos.

SÁBADO Semana VII de Pascua

El Salmo Responsorial nos dice: “*Los buenos verán tu rostro, Señor*” (Salmos 11). Y esto se hace verdad en Jesús encarnado. Aún después de su ascensión al cielo, continuamos viendo su rostro en los miembros de su cuerpo resucitado que están en este mundo, aquellos que viven de acuerdo a su vida divina, en quienes Jesús mismo continúa viviendo y actuando.

Los Hechos 28:16-31 nos presenta otra confirmación del hecho que Dios logra sus objetivos a pesar de los esfuerzos de la gente por bloquearlos. San Pablo había sido enviado como prisionero a Roma, pero una vez estando ahí se le permitió “alojarse en una casa particular... recibiendo a todos los que querían verlo, proclamando el Reino de Dios, y enseñando con toda libertad y sin encontrar ningún obstáculo, lo concerniente al Señor Jesucristo”.

Dios lo habilitaba para que hiciera exactamente lo que Jesús había mandado hacer antes de su ascensión al cielo: “Vayan, entonces, y hagan que *todos los pueblos sean mis discípulos...*”. Pablo vivió dos años enteros en Roma, la capital de la civilización occidental de ese tiempo, evangelizando “sin encontrar ningún obstáculo”. El Salmo dice: “*Los buenos verán tu rostro, Señor*”, y, si no su rostro, San Pablo ciertamente vio la mano del Señor que obraba en su vida. Vio el cumplimiento de la promesa de Jesús: “Y yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (San Mateo 28:19-20).

El Evangelio de San Juan termina (**San Juan 21:20-25**) con las palabras: “Jesús hizo también muchas otras cosas. Si se las relatara detalladamente, pienso que no bastaría todo el mundo para contener los libros que se escribirían”.

Considerando la exageración literaria, aún si todo lo que Jesús hizo durante su vida fuese escrito, no se necesitaría una biblioteca muy grande para guardar los libros. Pero si entendemos a “Jesús” como alguien que incluye no sólo al Jesús histórico que vivió unos 30 años, sino también al Jesús resucitado, el Jesús que, a pesar de su ascensión al cielo, continúa presente y activo en la tierra, multiplicado en todos los miembros de su cuerpo en la tierra, entonces la afirmación de San Juan se acerca a la verdad literal. Un escolar de las Sagradas Escrituras explicó que cuando los escritores del Nuevo Testamento dicen: “Jesús dijo...” frecuentemente quieren decir: “Jesús resucitado, hablando en la Iglesia, dijo...”. No todas las palabras que se atribuyen a Jesús en los Evangelios fueron dichas por él físicamente mientras estaba en el mundo, en el cuerpo que recibió de María. Pero sí fueron dichas por él, y en este mundo, en el cuerpo que recibió de la gente que, como nosotros, se ofrecieron: “como una víctima viva, santa y agradable a Dios” en el Bautismo, para convertirse en su cuerpo (Romanos 12:1). “*Los buenos verán tu rostro, Señor*”. Y nosotros lo vemos. Lo vemos en los demás y lo escuchamos en los *profetas*.

Iniciativa: Sé un profeta. Deja que Cristo hable y actúe en ti.

Domingo de Pentecostés (Años A, B y C) Vayan y Renueven la Faz de la Tierra

INVENTARIO

¿En qué forma has experimentado la acción del Espíritu Santo en tu vida? ¿Creíste alguna vez que el Espíritu Santo te estaba inspirando? ¿Iluminándote? ¿Consolándote? ¿Fortaleciéndote?

ALIMENTACIÓN

La Antífona de Entrada proclama: “El Espíritu del Señor ha llenado toda la tierra; él da unidad a todas las cosas y se hace comprender en todas las lenguas”. Ésta es una perspectiva global, ver al Espíritu como una fuente de unidad y de paz subsecuente por todo el mundo.

El Espíritu Santo es también un mentor personal, tutor o instructor, lo que contrasta con un maestro que se dirige a todo un grupo. El espíritu trabaja contigo como individuo para ayudarte a recordar, entender, y actuar basándote en lo que Jesús enseñó. El Espíritu te ayuda a usar tus dones particulares e individuales para el bien de los demás. El Espíritu mantiene la unidad y al mismo tiempo promueve y aumenta la diversidad.

El Don de las Lenguas

En **Los Hechos 2:1-11** hay gente reunida en Jerusalén de “todas las naciones del mundo”. Pero cuando los creyentes “quedaron llenos del Espíritu Santo” y comenzaron a proclamar la buena nueva de Jesús, cada uno los oía hablar en su propia lengua. Nos referimos este milagro como “el milagro de las lenguas”. Y es un milagro que continua ocurriendo en nuestros días.

El verdadero “milagro de las lenguas” que vemos a nuestro alrededor, no es un milagro por el cual la gente entienda lenguas extranjeras, sino por el cual la gente es capaz de hablar de Jesús de modo que hace decir a los demás: “¡Ahora sí me estás hablando en mi idioma!”.

Traducir algo a otro idioma es sólo el primer paso para la comunicación. Es aún más importante ser capaz de hablar sobre el Evangelio de manera que la gente a la que te diriges pueda entender; de usar las palabras que realmente “les hablen”; de hacer que las cosas que Jesús dijo e hizo sean relevantes en su vida, especialmente en su vida diaria. Éste es el don de los *profetas*.

Jesús no dejó leyes ni reglas. Revisa los Evangelios y lo verás. No las vas a encontrar. Lo que nos dejó fueron *principios generales*, como “Ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado”, y “Amen a sus enemigos”. Éstas no son reglas, porque no nos dicen explícitamente lo que tenemos que hacer. Tenemos que pensar cuál es la forma de *aplicar* estos principios generales en cada caso particular.

O Jesús enseñó dando *ejemplos particulares* de lo que debemos hacer, dejando para nosotros la tarea de entender qué principios ejemplificaban. Usualmente estos ejemplos son tales que nadie pensaría que se deben entender como reglas para la Iglesia; por ejemplo: “Vendan sus bienes y denlos como limosna” (San Lucas 12:33); o los tres ejemplos de San Mateo 5:39-41: “ofrece la otra mejilla, déjale también el manto, acompáñalo un kilómetro adicional”. Estos

ejemplos nos guían a principios generales (por ejemplo: “Nada debe ser tan importante para ti que destruya tu relación con tu prójimo: ni tus posesiones, ni tu tiempo, ni tu miedo al rechazo”). Los *profetas* son aquellos que tienen la visión de aplicar los principios generales de Cristo a las circunstancias concretas de su tiempo y lugar. Esto es traducir las palabras de Jesús al lenguaje de la relevancia. ¡Es el mejor don de lenguas!

“En Cristo un Solo Cuerpo y un Solo Espíritu”

1Corintios 12:3-13 nos llama a creer que todos nosotros hemos recibido el don del *liderazgo* en la Iglesia: “En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común”.

Esto significa que el Espíritu trabaja con todos los cristianos, en ellos y a través de ellos, para hacer que la vida de Cristo en esa persona sea evidente en palabras y acciones que sean una manifestación del fruto de la gracia. Las personalidades, talentos, experiencias y circunstancias únicas de cada persona nos permite ver las cosas desde una perspectiva única, o apreciar algo de una forma especial.

Esto es algo natural, y es la razón por la que cada uno de nosotros tiene el don del *liderazgo* y está llamado a ejercerlo cuando nos damos cuenta lo que se tiene que hacer. (No confundas esto con *la autoridad*. Seguimos a las autoridades por compromiso, pero a los líderes los seguimos por voluntad propia. Las autoridades nos mantienen unidos; los líderes nos hacen avanzar. Estas son dos funciones distintas y ambas son necesarias).

El Espíritu trabaja a través de lo que por naturaleza ya tenemos y lo eleva a un nivel aún más alto, a un nivel divino, iluminándonos y habilitándonos para ver y hacer lo que está de acuerdo con las enseñanzas de Cristo y la dirección del Padre para el establecimiento de su reino – tanto en nuestros corazones como en el mundo. Además de nuestros dones y talentos naturales (y usualmente trabajando a través de ellos), todos tenemos “dones del Espíritu” que debemos reconocer, aceptar y usar. “Ciertamente, hay diversidad de dones... Hay diversidad de ministerios... de actividades”. Todos somos seres únicos, y nuestros dones son múltiples y diversos.

Pero ya se trata del “mismo Espíritu... Señor... el mismo Dios el que realiza todo en todos”, y el Espíritu es un espíritu de *unidad*, continuamos “con mucha humildad, mansedumbre y paciencia” soportándonos “mutuamente por amor”. Tratando “de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo” (Efesios 4:2-3, 13)

“Perdón y Paz”

El trabajo esencial del pecado es la división; la separación de Dios y de los demás. El trabajo esencial del Espíritu es la unidad; la unidad con Dios y con los demás. Y así, en **San Juan 20:19-23**, cuando Jesús da el saludo característico de sus apariciones de resurrección: “La paz esté con ustedes” continúa diciendo: “Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan...”

Esto explica por qué la Iglesia pone en las palabras de la absolución sacramental durante el rito de la reconciliación: “Dios, Padre de misericordia, por la muerte y la resurrección de su Hijo, se ha reconciliado al mundo y *enviado al Espíritu Santo entre nosotros para que perdone nuestros pecados*”. Jesús quitó “el pecado del mundo” al morir en la cruz e incorporarnos a su cuerpo para morir y resucitar en él. En él, el “Cordero de Dios”, el Padre ha reconciliado “al mundo consigo”. Y ha “confiado” – a la Iglesia, su cuerpo en la tierra – este ministerio de reconciliación (2Corintios 5:18-19). El Espíritu Santo está presente y activo en la Iglesia, extendiendo el perdón de los pecados en una forma física y visible a todos los que lo piden.

Pero el “ministerio de la reconciliación” no está limitado a la absolución sacramental de los pecados. Es sobre todo el “mensaje de reconciliación” que Dios ha confiado a la Iglesia y a todos sus miembros. San Pablo fue enviado a anunciar la reconciliación de los judíos y los gentiles, a proclamar que por medio de Cristo, Dios “quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). El “ministerio de la reconciliación” es trabajar para unir al mundo en la “paz y unidad del reino” que Cristo vino a establecer. El mensaje y el ministerio de la reconciliación es el mensaje y el ministerio del amor: El amor que Dios extiende a todos, el amor de Dios en nosotros que se extiende y alcanza a todos los miembros de la humanidad.

En el Salmo Responsorial repetimos una oración que es también una proclamación de fe y esperanza: “*Envía tu Espíritu, Señor, y renueva la faz de la tierra*” (Salmos 104). Pedimos esto porque creemos que es posible y que es la voluntad de Dios. Creemos que es algo que Dios ya está llevando a cabo y que lo quiere hacer a través de nosotros. Pentecostés nos invita a encarnar esta creencia por medio de acciones.

Vivimos en tiempos gloriosos. Como escribió Christopher Fry en su obra de teatro “El Sueño de los Prisioneros”:

Gracias a Dios nuestro tiempo es ahora,
cuando los males crecen para enfrentarnos
en todas partes; para nunca dejarnos hasta
que nuestras almas den el paso más grande
que ha dado la humanidad.

Jesús nos llama en estos tiempos: “Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega”. Muchos están abandonando la Iglesia. Las vocaciones para el sacerdocio y las ordenes religiosas han disminuido dramáticamente. Los escándalos han sacudido a la Iglesia. Defectos serios en la selección y la formación de los sacerdotes y los obispos son notoriamente evidentes. La religión parece estar hundiéndose bajo la superficie en un mundo secularizado. Tiene sentido pensar que Dios está listo para contraatacar.

Todo indica que la renovación de la Iglesia se llevará a cabo por medio del liderazgo de los laicos que despertarán renovados. Cada cristiano está llamado a ser evangelizador, discípulo, testigo, profeta, sacerdote y administrador del reino de Cristo. Éste es el momento de actuar teniendo confianza en lo que pedimos: “*Envía tu Espíritu, Señor, y renueva la faz de la tierra*”.

VISIÓN

¿Qué cosas veo que se tengan que hacer en la Iglesia? ¿Reconozco que éste es un don del Espíritu Santo? ¿Tendré la fe consistente para actuar, haciendo lo que pueda para llevar a cabo estas cosas? ¿A qué cosas me ha habilitado el Espíritu para hacer?

INICIATIVA

Sé un profeta. Renueva la faz de la tierra.

¿Qué ha hecho por ti este panfleto?

Estas reflexiones fueron diseñadas para ayudarte a entender mejor tu consagración bautismal como profeta: o sea, como alguien consagrado y comprometido a dar testimonio de la Buena Nueva encarnando la verdad y los valores de Jesucristo en su estilo de vida.

Te ayudarán a recordar y revisar lo que ya has visto, preguntándote cómo has respondido por medio de decisiones y cómo podrías haber respondido. Recuerda, la efectividad de la alimentación se mide por la autenticidad del producto.

- *¿Cuánto tiempo pasaste leyendo y rezando en estas reflexiones? ¿Disfrutaste este momento del día?*
- *¿Te ayudaron estas reflexiones a seguir haciendo cambios en la forma en que comes, bebes, te vistes, manejas, pasas el tiempo, gastas dinero, etc., en un esfuerzo para hacer que todo lo que dices, haces, posees, usas, compras y decides dé testimonio de los valores de Cristo?*
- *¿Qué sabes sobre tu parte en la misión de la Iglesia que no sabías antes?*
- *¿Confirmaron estas reflexiones en ti la decisión de vivir tu consagración bautismal como profeta? ¿Hicieron que esta decisión fuera para ti algo más real?*

Más específicamente...

- *¿Entiendes más claramente el hecho de que has sido enviado a continuar la misión de la Iglesia dando testimonio con palabras y acciones?*
- *¿Entiendes más claramente el misterio de tu identificación con Jesús como su cuerpo resucitado en la tierra? ¿Puedes decir: “Me he convertido en Cristo”?*
- *¿Eres ahora capaz de reconocer mejor las señales de la vida de Cristo y del Espíritu de Cristo en ti y en los demás? ¿Te causa alegría?*
- *¿Entiendes mejor cómo buscar el espíritu (buscar el objetivo) de la ley en lugar del texto de la ley? ¿Estás más alerta a las inspiraciones de Dios?*
- *¿Entiendes que un testigo profético causa conflictos? ¿Estás dispuesto a “responder con amor” cuando esto pase y a perseverar con valor?*
- *¿Estás dispuesto a seguir cambiando tu estilo de vida y esforzándote para que Jesús viva más visiblemente en ti y pueda continuar su misión?*

Notas y Reflexiones

Inmerso en Cristo

Para estar inmerso en Cristo:

Sé Cristo:

*dejando que Cristo actúe
contigo, en ti, y por medio tuyo
en todo lo que hagas.*

Sé un Discípulo:

*Haciendo que la reflexión en la mente
y el corazón de Cristo sea tu
preocupación de toda la vida.*

Sé un Profeta:

*Haciendo que todo en tu estilo de vida
Dé testimonio de los valores de Cristo*

Sé un Sacerdote (por medio del Bautismo):

*Dejando que Cristo se exprese en ti
y por medio tuyo a todas las personas
con las que tratas.*

Sé un Administrador del Reino de Cristo:

*Aceptando responsabilidad
para llevar al Reino de Dios a todos los lugares
y todas las actividades de la vida humana
en este mundo.*

Inmerso en Cristo
5 pasos para una vida más plena

Reflexiones
Por David M. Knight
e-mail: knight@hisway.com

Estas reflexiones
Siguen los temas del libro
“Saving Presence”
Por David M. Knight

© His Way Communications 2007
1310 Dellwood Ave.
Memphis, TN 38127
901-357-6662
www.hisway.com
www.immersedinchrist.org